



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

*César
Torre*

**LA NOCHE
ES PARA
ASESINAR**





TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© CARTER SCOTT

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-02653-7

Depósito legal: M. 30.322 - 1980

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

LA NOCHE
ES PARA ASESINAR

César Torre

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

L

OS grandes ascensores para uso del público ascendían solamente hasta la planta veinte del edificio. A partir de allí, todos los ascensores eran privados. Se iban deteniendo en diferentes plantas. Y alguno, muy especial y exclusivo, servía únicamente en el «penthouse».

En el pequeño mundo del gran edificio bancario, las castas se clasificaban de acuerdo con el ascensor que estaban autorizados a utilizar, y la altura a que podían ascender en ellos.

Así, los empleados menores, se mezclaban con el público para llegar a sus puestos de trabajo, utilizando los ascensores de las veinte primeras plantas.

En cambio, los jefes, los triunfadores, los importantes, utilizaban los pequeños, elegantes y rápidos elevadores que les llevaban hasta oficinas lujosas y silenciosas, a las cuales, muy pocos clientes tenían acceso.

El día en que, mediante un discreto aviso, y una pequeña charla con el casi invisible ocupante del «penthouse» el presidente del banco, algún empleado recibía la orden para ascender a un despacho más alto y gozar del privilegio de utilizar otro ascensor de aquellos que arrancaban en la planta veinte, era un día importante.

Lo fue también para Ross Sanders, sobre todo porque él era el hombre más joven que ascendía por encima de la barrera del piso veinte.

Había hecho una carrera vertiginosa. Ayudante de caja, apoderado, interventor, director de negociado, jefe de una sección y, al fin, asesor de la presidencia, en tan solo un par de años.

Cuando unos empleados de mantenimiento recogieron sus cosas personales en su antiguo despacho, retiraron su nombre de la puerta, y lo quitaron también del panel del vestíbulo, hubo un discreto cambio de impresiones a cargo de despechados compañeros, reunidos en los servicios.

—Se veía venir. Os dije que a Sanders le daban el puesto.

—¡Ese chico es un meteoro! No voy a negarle talento, pero no creo que sea un genio. Y hace falta ser un genio para llegar a dónde él ha llegado.

—Vamos, un poco de realismo. Ross Sanders no ha triunfado por poseer un talento especial, sino por su aspecto físico. ¿Por qué vamos a ignorar que, en nuestra sociedad, la apariencia es más importante que la inteligencia? Ross es muy guapo, todas las mujeres de la casa suspiran cuando le ven. Mide un metro ochenta, tiene un cuerpo de atleta, y, además

sabe sonreír. Solo los idiotas creen que la belleza no tiene importancia en los hombres, cuando la verdad es que, la mayor parte de los altos ejecutivos en las grandes empresas, son altos, y tienen buena apariencia. Se dice que tienen personalidad, pero eso es solo un eufemismo: Ascenden porque son decorativos, elegantes, les cae muy bien la ropa, resultan imprescindibles en las reuniones, agradan a las mujeres de los clientes, y, en definitiva, su imagen es perfecta.

Efectivamente, Ross Sanders era muy decorativo. Ni la más agotadora jornada de trabajo lograba ajar su sonrisa, deslumbrante siempre. Se movía con elasticidad y gracia, y jamás descuidaba su ropa. Él sabía conquistar el afecto y la lealtad de sus subalternos con una cortés amabilidad, que disimulaba su férreo carácter.

Ross Sanders estaba destinado a llegar a la cumbre, y él jamás lo había ignorado. Aceptaba su éxito con la mayor naturalidad, como había aceptado siempre que todo le sonriera desde la niñez.

Vivía con sus padres, jóvenes aún, y con un hermano menor, en una preciosa casa de estilo español, en Santa Mónica. También disponía de un apartamento en el centro de Los Ángeles, que utilizaba preferentemente para recibir a algún cliente importante. Y de un coche europeo que aparcaba en el lugar reservado para altos directivos del banco. Y de mucho dinero en su cuenta, procedente de una herencia.

Y, además, tenía a la preciosa Virginia Harvey, su prometida.

El día en que Ross tomó posesión de su magnífico despacho de asesor del banco, llevó a Virginia a cenar a un restaurante francés de Beverly Hills, frecuentado por la gente del cine. Los curiosos que les vieron descender del coche europeo, imaginaron que se trataba de estrellas de la pantalla. Porque Ross y Virginia eran tal como las estrellas del cine aparentaban ser en la imagen, gracias a la habilidad de maquilladores y fotógrafos. No como eran en realidad: pálidos y esqueléticos personajes, de ademanes amanerados.

Se sentaron en un lugar discreto, felices y sonrientes. Virginia era morena, con la piel muy blanca y los ojos inmensos, de color violeta.

—Estoy tan nerviosa, Ross... Pensar que lo has conseguido...

—Tenía la promesa del presidente. Ahora dispondré de más tiempo, nos veremos con mayor frecuencia. Y ya no vas a poder aplazar la boda, Virginia. ¿O solo te casarás conmigo cuando desplace al presidente?

—¡Qué tonto eres!

Se besaron, inclinándose por encima de la mesa. Todos sonreían al verles, todos se enternecían ante su encanto, su belleza y su juventud. Cogidos de las manos, esperaron al camarero.

Ross Sanders era aquella noche un hombre feliz. Un hombre que lo tenía todo.

El camión, de mediano tonelaje, tenía toda la apariencia de un transporte frigorífico, con la caja metálica y cerrada. Pero no lo era. Lo manejaban dos hombres fornidos, veteranos de las carreteras, que se turnaban con mucha frecuencia ante el volante para evitar la menor fatiga, y que mostraban la mayor prudencia.

Habían recogido la carga en el puerto de San Diego, y la conducían a Miramar, a la Estación Aérea de la Marina, donde debía ser acondicionada en transportes aéreos.

—¡Bah, son poco más de veinte millas, y bien pagadas! ¡Creo que me gustaría tener todos los fines de semana un viaje como este! —dijo el hombre que en aquel momento conducía.

El otro le miró de soslayo, gruñendo:

—Tú eres un sádico. En veinte millas pueden suceder muchas cosas, y más vale que no apartes la mirada de la maldita carretera. ¡En estos fines de semanas, todos los idiotas del sur de California se van a Tijuana!

—Hay corrida de toros, ¿no?

—¡Esos lo que buscan es alcohol y sexo! Todos están locos. Se lanzan a la carretera con este calor, solo para poder emborracharse con aguardiente mexicano, y tratar de ligar con la camarera o el camarero del hotel. Es absurdo, pues el mismo aguardiente, lo pueden comprar en cualquier parte y, en cuanto a encontrar compañía para la cama, ¡diablos! basta con sacar una mano por la ventanilla y hacer una seña. ¡Fíjate en todas esas chicas que esperan a que alguien las lleve!

—No seas cínico. Esas chicas no son tan fáciles como supones.

—Seguro. Inocentes como florecitas. Tú, ten cuidado, parece que te da miedo coger el volante.

El conductor murmuró, moviendo la cabeza:

—Es que no me gusta demasiado esta vibración. Me parece que...

El otro se alarmó, interrumpiéndole:

—¡Sal de la carretera y para antes del cruce! ¡Déjame echar un vistazo a la dirección!

—Sí. Pero ya sabes que tenemos prohibido detenernos y, además, no falta demasiado para que lleguemos al destino.

—¡Maldita sea, para de una vez y déjate de prohibiciones!

El conductor estaba extrañamente nervioso. Los dos hombres se mostraban muy agitados ante lo que parecía una pequeña anomalía mecánica, sin importancia, especialmente para dos profesionales como ellos.

Con el mayor cuidado, el conductor fue girando el volante para sacar el vehículo de la carretera, mientras pisaba suavemente el freno. Estaba

sudando, y sus manos resbalaban sobre el volante. Cuando ya rodaban por el arcén, y el hombre enderezaba la dirección para detener el camión, se produjo un chasquido, y el volante quedó bloqueado.

El ayudante gritó, completamente enloquecido.

—¡Páralo, para, mete el freno, imbécil!

El conductor le miró con asombro, mientras el camión continuaba avanzando, girando lentamente y volviendo a la carretera. Los dos hombres parecían desconcertados, extrañamente desconcertados ante el percance. El que conducía llevaba el pie sobre el freno, pero no era capaz de pisarlo.

El otro, rugiendo insultos, apartó la pierna derecha del conductor, violentamente, para poder llegar al pedal.

Aquello era una imprudencia, ya que estaban llegando al cruce de carreteras. Absurdamente, los dos hombres pelearon por tocar el pedal, insultándose, pues estaban frenéticos.

El camión, trazando una amplia curva que le llevaba al otro carril de la carretera, entró en el cruce a poca velocidad.

Por la derecha venía una «ranchera» de color mostaza, con el paso libre y a buena marcha. Uno de los camioneros vio el gran turismo, que hacía sonar el claxon desesperadamente, y escuchó el chirrido de los frenos.

El conductor lanzó un grito de terror, encogiéndose en el asiento cuando el morro del turismo embestía el costado del camión.

El ruido de las chapas al plegarse, al doblarse, al resbalar bajo la caja del camión, fue horrible. El camión se desplazó de costado, pese a su volumen. Luego sus ruedas gimieron, y continuó moviéndose hasta detenerse en el mismo borde de la carretera, frenado por aquel turismo que se había empotrado bajo él, y que fue arrastrado —tras una lluvia de chispas, con un gran ruido de hierros que se retorcían, que saltaban, golpeando el asfalto...

Otros coches frenaron. Algunos esquivaron el accidente, saliéndose de la carretera.

Los camioneros, completamente despavoridos, saltaron de la cabina, sin tomar siquiera la precaución de apagar el motor. Su conducta resultaba incomprensible. Cuando los primeros automovilistas llegaban para prestar alguna ayuda, ellos echaron a correr, campo a través, desapareciendo tras de unos edificios.

* * *

Las sirenas no cesaban de sonar, mezcladas con las voces ampliadas por los megáfonos, las órdenes secas de la policía que trataba de evitar la aglomeración de los curiosos.

Los coches eran obligados a continuar su marcha, aunque lo hacían

lentamente, produciendo un atasco. Había llegado un coche del Servicio de Rescates, que se detuvo cerca de los vehículos accidentados. En el venían dos hombres, un oficial y un ayudante. El oficial era un hombre fornido y autoritario, que, después de lanzar una rápida mirada sobre los vehículos accidentados, preguntó a uno de los policías.

—¿Víctimas?

El policía respondió, malhumorado.

—Pues claro que las hay. ¿O es que imagina usted que el turismo rodaba solo? Una familia entera, a lo que parece. Dos hombres, una mujer, y un niño. Atrapados de mala manera bajo el camión. Pero con vida. ¡Y no tenemos una grúa cerca!

El oficial de salvamento dijo entonces, secamente:

—Póngase a mis órdenes. No quiero a nadie estorbando, veremos lo que se puede hacer. Dígale a mí ayudante que se ocupe de la grúa.

El policía se fue, maldiciendo. El oficial, sin muchas prisas mirando de reojo a los curiosos, que eran alejados por los policías, se acercó al coche.

Resultaba difícil examinar el interior a través de unos cristales que se habían astillado y vuelto opacos. En la parte delantera viajaban un hombre y una mujer. El conductor era él. Había caído hacia atrás y tenía los ojos abiertos. Vivía.

La mujer por el contrario, y pese al cinturón de seguridad, se había estrellado contra el parabrisas. Estaba apoyada en el salpicadero del coche, y su sangre lo manchaba todo. No podía saberse si estaba muerta. Naturalmente, las dos puertas delanteras se habían retorcido y, para abrirlas, sería preciso usar sopletes. El motor del coche, al hundirse el morro del vehículo, se había desplazado, y seguramente atrapaba las piernas de las víctimas.

El oficial de salvamento lanzó un grito, y varios hombres acudieron.

—¡Fuera los cristales, dense prisa! —ordenó, señalando las aplastadas ventanillas.

Mientras los policías, a golpes de culata, hacían saltar los trozos de vidrio de seguridad, el oficial probó a abrir las puertas traseras, lo que también era imposible. El techo del coche había sido empujado, arrastrando toda la estructura, y deformando los huecos.

En el asiento posterior descubrieron a un niño rubio, caído de lado, y que se movía. Y junto a él, un joven que le miraba, y que estaba empezando a recuperarse. El joven hizo una seña, y después quiso abrir la puerta, sin conseguirlo.

El oficial se desplazó hasta la puerta trasera del vehículo, y con una piedra liberó el hueco. Tras del diván posterior se amontonaban objetos de playa, bolsas, paquetes y cuanto era necesario para un feliz fin de semana en la costa. Lo apartó todo, gritando:

—¡Trate de salir por aquí! ¿Puede moverse?

El joven dijo que sí, y quiso sacar al niño, pero desistió. El oficial le ayudó entonces a salir. El pasajero tenía una herida en una pierna. El pantalón se veía desgarrado, húmedo de sangre.

—¡Mis padres! ¡Ese camión se cruzó de repente! ¿Cómo están mis padres?

—Bien, no se preocupe. Ahora, váyase a un coche hasta que llegue la ambulancia. ¿Qué le pasa al niño?

—Creo que no tiene nada grave, pero el asiento delantero lo mantiene aprisionado. No he podido sacarlo de ahí. Por favor, dense mucha prisa, por favor...

El oficial de salvamento le repinó al herido las recomendaciones y se unió a los policías, que estaban ahora tratando de separar el coche del camión, lo que era imposible sin levantar el segundo de los vehículos.

—¡Que el conductor del camión lo ponga en marcha! —gritó—. ¡Puede que moviéndose un poco se separen!

—El conductor ha desaparecido, oficial. Parece que eran dos hombres. Incluso dejaron el motor en marcha, yo mismo lo apagué.

—Bueno, deme las llaves. ¡Y a ver si llega esa grúa!

El autoritario oficial de salvamento saltó a la cabina del camión, disponiéndose a usar las llaves del encendido. Cuando se inclinaba para buscar el contacto, vio en el suelo una carpeta roja, de la que asomaban algunos papeles. Alzó la carpeta para colocarla sobre el asiento, y entonces, uno de los papeles, terminó de salir a la luz. Estaba encabezado por una palabra impresa en color rojo: «¡Peligro!».

El oficial lanzó una exclamación de sorpresa, porque conocía perfectamente aquellos impresos. Lo examinó con rapidez, buscando la fecha. Era de aquel mismo día, y se trataba de la hoja de carga del vehículo. El oficial soltó la llave que ya iba a usar e inmediatamente se dispuso a abandonar el camión, justo cuando se acercaban dos de los policías.

—¿No arranca? —preguntó uno de ellos.

—No. No muevan el coche, esperen, podrían producirse chispas por roce de las chapas. Es que... ¡el camión va cargado de explosivos!

Los dos policías palidecieron, iniciando un retroceso. Miraban al oficial, que estaba completamente desenchajado.

—Por eso los camioneros desaparecieron... Siento mucho decírselo, pero el motor del coche está despidiendo humo. Creo que terminara incendiándose. ¿No podrías apartar la carga?

El oficial de salvamento había sido dominado por el pánico. Posiblemente sentía un miedo concreto hacia los explosivos, porque, a partir de aquel momento, fue un hombre descontrolado.

Se dedicó a producir la alarma, y pronto los curiosos desaparecieron,

mientras los coches de la policía eran alejados. Un grupo de agentes, insistía en su trabajo. El coche humeaba. Resultaba imposible llegar al motor, encajado bajo el camión, pero ellos continuaban valientemente forcejeando con las portezuelas, tratando de apartar a los dos vehículos. Hasta que, al fin, el oficial les obligó a alejarse también.

Tuvieron que arrastrar al herido viajero que había podido salir del coche y que, gritando desesperado, quería continuar intentando el salvamento. En el momento en que el oficial ordenaba a todos que se echaran al suelo, y, sacando el radioteléfono de su coche, tras del que se protegía, vociferaba, reclamando la ayuda de grúas y artificieros, el joven se soltó de quienes le sujetaban, corriendo otra vez hasta el lugar del accidente.

Nadie le siguió, porque el oficial, con sus gritos, había sembrado el más completo terror. El joven, enloquecido, quería salvar al niño aprisionado con el diván trasero del vehículo. Arrojaba al suelo el equipaje, forcejeando con el respaldo.

Mientras tanto, el humo aumentaba. Pronto se alzó una llamarada, y el humo se hizo más oscuro y espeso.

La explosión fue terrible. La precedió, una décima de segundo antes una oleada de aire caliente. El camión saltó por los aires, en pedazos, al tiempo que el turismo era despedido a muchos metros de distancia, en pequeños fragmentos. La parte mayor empezó a arder con fuerza antes de quedar detenida en la cuneta.

En la carretera se formó un enorme socavón, parecido al cráter producido por una bomba, y varios coches fueron alcanzados por fragmentos de acero al rojo, o por trozos de asfalto convertidos en verdaderos proyectiles.

Uno de aquellos vehículos ardió también, mientras todas las personas que habían acudido en auxilio de los accidentados, pegadas ahora al suelo, se protegían la cabeza con los brazos.

El oficial del Servicio de Rescates temblaba, sujetando en su mano derecha el teléfono, tirado junto al coche.

Capítulo 2

S

E oyó el apagado zumbido del intercomunicador y, cuando el elegante hombre de pelo blanco pulsó el interruptor, una voz femenina, cuidadosamente modulada, dijo:

—El señor Sanders está aquí. ¿Le ruego que espere?

El hombre de pelo blanco, que ocupaba un despacho suntuoso, forrado de madera de teka, y en el cual no se veía un solo papel, murmuró:

—No. Que pase, que pase ahora mismo.

Había advertido una alteración en la voz de su secretaria. Aquel hombre, que dirigía un verdadero imperio desde aquella mesa impersonal, sabía dar significado a la menor emoción o nerviosismo denunciado en un gesto, en una mirada, en una leve alteración de la voz. Y su fría y controlada secretaria se había impresionado.

Se puso en pie, situándose ante la mesa. La puerta del despacho fue abierta y un hombre alto, delgado, muy bien vestido, apareció. En principio se mostró vacilante, pero, al momento, daba un paso, quedando bajo la luz que penetraba por el gran ventanal.

El ocupante del despacho apretó los labios y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para permanecer relativamente tranquilo. Por aquella puerta hablan pasado gentes muy diversas, algunas cuya vida dependía del resultado de la entrevista. Solicitantes de créditos con el miedo en el cuerpo, que podían optar por un salto al vacío desde la primera ventana si aquellos le eran denegados, y en cuyo rostro estaba ya muy presente la muerte.

Pero nunca había entrado en aquel suntuoso despacho un hombre con una cara tan especial. El visitante se había detenido, consciente de su aspecto, y miraba al banquero con sus enormes ojos, inmensos y muy bellos.

Los ojos eran lo único que Ross Sanders conservaba de su antigua cara. Pero ni aún ellos podían contemplarse con agrado, puesto que carecían de pestañas y de cejas. Esto les hacía extraños e inquietantes.

El resto de la cara del joven triunfador había sido reconstruido por completo, partiendo de los terribles destrozos causados por la explosión y el fuego. Penosamente reconstruido, podía decirse, mediante sucesivas operaciones, injertos de piel y de cabello. Y el resultado era aquel: un rostro arrugado en algunas partes, tenso en otras, con una piel sonrosada,

surcada de manchas oscuras. Lo más penoso era la boca, asimétrica, siempre entreabierta, sin labios, apenas insinuados por un pliegue horizontal. Y también el mentón, desplazado a un lado...

El rostro de Ross Sanders parecía un boceto apenas iniciado, o la cara de alguien difuminado por poderosos ácidos.

El banquero se volvió, diciendo en voz baja:

—Siéntese, Sanders, por favor...

El joven lo hizo. Evidentemente, no se podía resistir la mirada de aquellos ojos de párpados inmóviles, apenas estremecidos por un tic. El banquero procuraba mostrarse natural y amable.

—Muy bien, Sanders; ha sido una alegría para todos que dejara por fin la clínica. Creo que ya le han informado. Nuestro Servicio Jurídico se ha ocupado de todas las indemnizaciones por seguros, y ha conseguido reunir para usted una verdadera fortuna, que ingresamos en su cuenta. Ahora tiene que recuperarse, tratar de olvidar la tragedia. Ya sé que no es fácil. Ha perdido al mismo tiempo a sus padres y a su hermano... Eso es terrible. Pero usted es joven, debe olvidar, es preciso, Sanders.

Ross Sanders habló por primera vez desde que entrara en el despacho. Al hablar producía un leve silbido.

—Les pedí, a los del Servicio Jurídico, que se ocuparan de las responsabilidades criminales. ¡Ellos mataron a mi familia: los camioneros, el jefe de salvamento, los propietarios del camión defectuoso, los embarcadores de la carga, que aceptaron todo lo demás, los...!

—Bueno, Sanders, se ha intentado, pero el juez no encontró responsabilidad, solo imprudencia, por eso las indemnizaciones han sido muy grandes. No piense más en ello, ni se amargue con sentimientos de venganza.

—Quiero saber cuál será mi situación en el banco. No llegué a hacerme cargo de la asesoría, señor presidente...

El presidente carraspeó. Para no mirar el horrible rostro de Sanders, fingía buscar unos papeles en un cajón de su mesa, que estaba en realidad vacío.

—Ahora no se preocupe por nada, joven. Usted va a dedicarse durante varios meses a descansar, cobrando su sueldo, desde luego. Para que pueda reponerse. Viaje, vaya a algún sitio, al campo...

—Pero... ¿Y cuándo vuelva de las vacaciones? ¿Continuaré siendo asesor suyo? ¿Tendré mi despacho en la planta veinte?

El presidente puso las manos sobre la mesa, mirando con frialdad al visitante. Su dosis de amabilidad se había agotado.

—Lo siento, Sanders. Eso no es posible. No puede ocupar un puesto de representación, espero que lo comprenda. Le buscaremos algo en Bolsa, o en archivos, y veremos la forma de que no se perjudique mucho en el

suelo. Lo siento. Después de todo se trata de un accidente en su vida privada.

—El banquero sonrió, tratando de ser menos duro—. Iban ustedes a Tijuana, ¿verdad? ¡Precioso lugar! ¡Lástima que...!

Sanders se puso en pie. Estaban ofreciéndole trabajar en el archivo, en la Bolsa, en cualquier lugar donde nadie pudiera verle, salvo algún compañero de encierro. Sí. Debía comprenderlo. Ahora Ross Sanders no era decorativo, sino repugnante. Su vida profesional estaba terminada en los sótanos del edificio.

—Gracias, señor presidente —dijo—. Aceptaré ese permiso, es usted muy amable...

El presidente captaba perfectamente el despecho en la desagradable voz de Sanders. Hizo una inclinación de cabeza, sin levantarse, y Sanders salió del despacho.

* * *

La madre de Virginia Harvey entró en el cuarto de su hija. Virginia estaba tendida en la cama, con las manos bajo la nuca, mirando con fijeza el techo.

—Ya sé lo que vas a decirme. Ha vuelto a llamar. Dile que no estoy en casa.

—Se lo he dicho, pero me parece que no lo cree. ¡Oh, Virginia, pobre muchacho, se ha quedado solo! Y tú solo fuiste a verle una vez en la clínica, y ahora ni siquiera coges el teléfono.

La muchacha se sofocó, volviendo la cabeza altivamente.

—Es asunto mío, mamá, no te metas en esto.

—Pero es que tú le querías tanto antes... Estabas muy enamorada de él, entusiasmada por su apostura, por sus éxitos...

—Eso era antes, tú lo has dicho, mamá. ¿Por qué no me dejas en paz? Creo que tengo derecho a decidir sobre mi vida.

La señora Harvey hizo un gesto de disgusto, saliendo del cuarto. Y la bella Virginia continuó sin moverse.

La llegada a casa de su padre, un hombre exuberante, que empezó a llamarla a gritos, obligó a la muchacha a vestirse, y a bajar a la sala.

El señor Harvey anunció estar esperando aquella noche a uno de sus socios, al que había invitado a cenar. Harvey esperaba que, tratándose de un hombre de buen humor, distrajera a Virginia. A su esposa, en un aparte, le explicó:

—Es joven, ¿sabes? Lo invité para ver si conseguimos que Virginia se anime.

—Sí, pero... El pobre Ross... Creo que debería verle. Es un gran

muchacho, y no me parece correcto que lo aparte de este modo de su lado.

El señor Harvey movía la cabeza con duda. Estuvo poniendo nerviosa a la cocinera para que preparase una buena cena. Iba de un lado a otro dando órdenes y al fin consiguió que Virginia sonriera.

A las ocho de la noche sonó el timbre de la puerta. El señor Harvey rio satisfecho.

—¡Le dije que a las ocho, y aquí le tenemos! ¡La puntualidad es una buena virtud!

Virginia, que se había vestido con mucha elegancia, y estaba muy bella, se recostó en el respaldo de un diván, mirando hacia la puerta. El señor Harvey en persona fue a abrir, escoltado por su sonriente esposa.

Al fin la puerta fue abierta. Pero no era el amigo del señor Harvey quien estaba en el porche, esperando. Era Ross Sanders.

Harvey maldijo entre dientes al ver el rostro del visitante, mientras su esposa empezaba a llorar, a sollozar, retrocediendo a toda prisa. Harvey se apartó un poco, aunque sin soltar la puerta. Murmuró al tiempo:

—¡Cielos! ¡Debes ser... Ross!

Ross Sanders estaba muy quieto. Sobre el porche se balanceaba un farol de barco, y su movimiento producía sombras en la horrible cara, dotándola de una movilidad grotesca y terrible.

La emoción acentuaba la monstruosidad de aquel rostro, hacia brillar los extraños ojos sin pestañas. Ross quería sonreír, y la deforme boca se deformaba aún más, mostrando una dentadura cruzada de hilos de acero.

La señora Harvey se desmayó, después de lanzar un gemido de espanto. Cuando Ross avanzó un paso, murmurando el nombre de Virginia, la joven se volvió de espaldas, diciendo, en un grito nervioso:

—¡No quiero verte, sal de aquí, has asustado a mí madre, márchate y no vuelvas, eres un monstruo, eres un monstruo...!

Harvey quiso decir algo amable, pero Ross ya había desaparecido. Harvey cerró la puerta, muy impresionado. Su hija se abrazó a él, explicando entre lágrimas.

—¿Comprendes ahora por qué razón no quiero verle más? ¡Descubrí en la clínica cómo había quedado! ¡No puedo soportarlo, papá! ¡No puedo resistirlo!

—¡Pobre muchacho! Es posible que consigan mejorar un poco su aspecto con alguna nueva intervención. Perder a toda su familia y además quedarse así. Y ahora tú, su novia, lo abandonas... Temo que todos van a abandonarlo.

Virginia estaba auxiliando a su madre, con la ayuda de la criada. El señor Harvey continuaba muy quieto, ante la puerta. Su alegría se había esfumado.

—Es terrible... Cuanta crueldad. Pero yo debo comprender a Virginia.

Ella no podría vivir con un hombre como Ross, más que aislándose del mundo. Y mi hija es demasiado joven para aceptar un sacrificio tan grande.

Cuando volvieron a llamar a la puerta, Harvey tomó la precaución de mirar hacia el porche por uno de los cristales. Esta vez era su amigo, el invitado. Al momento volvía a animarse. Corrió a abrir la puerta, invitándole alegremente a que entrase en la casa.

Capítulo 3

O

TTIS Kellogg estaba tumbado en el porche de su casa, en una desvencijada mecedora, vistiendo una camiseta muy sudada y rodeado de latas vacías de cerveza.

Miraba a la lejana autopista por la que pasaban pesados camiones y veloces turismos. Aquella había sido siempre su vida, y ahora estaba pudriéndose poco a poco en el porche de su vivienda, de día y de noche, sin afeitarse, gruñendo cada vez que su esposa salía de la casa, despeinada, y con su sucio delantal. Porque ella siempre salía, para decirle más o menos lo mismo.

—¿Qué? ¿Necesita más cerveza el señor? Porque se ha terminado la del frigorífico.

Ottis lanzó sobre la mujer una mirada de rabia. Todo en la casa y su entorno aparecía abandonado. El jardín era presa de maleza, y los muros estaban necesitados de pintura.

—Pues pide más.

—Dame dinero. Hace semanas que se nos ha terminado el crédito. Y el señor continúa ahí, meciéndose, esperando que llegué el maná.

—Bastante suerte he tendido con no ir a la cárcel —gruñó Ottis—. Claro que eso a ti no te importa nada. Si ese chico, el del accidente, llega a ganar los pleitos, me hubiera mandado a la cárcel. Menos mal que los Seguros lo arreglaron todo. Pagando, claro.

—¡Maldito cobarde, echaste a correr como un cobarde! No comprendo cómo te han dejado suelto. Y ahora te vas a morir de asco. Porque nadie te dará un empleo, estás acabado por completo.

—¡Déjame en paz, bruja! ¡Si crees que estoy acabado, te equivocas! Haré otra clase de trabajos.

—¿Tú? ¡Solo sabes llevar camiones, y ya se ha visto que ni eso haces bien en realidad!

El hombre le arrojó furioso una lata de cerveza, pero ella pudo evitarla. La lata fue a romper un cristal de la puerta, mientras la mujer desaparecía maldiciendo y, ya dentro de la casa, se dedicaba a hacer mucho ruido.

Por el camino de tierra que conducía a la autopista, venía entonces un polvoriento coche con la suspensión hecha trizas, a juzgar por sus saltos. Se detuvo ante la casa y un hombre de aspecto muy semejante a Kellogg, bajó de él. Quizá era un poco más joven. Se trataba de Petrini, su último

compañero de trabajo. Gritó:

—¡Eh, Ottis, viejo, levanta el trasero de esa maldita hamaca, tenemos que hacer!

Ottis no le hizo caso, y el otro se sentó en un escalón. Lo habían pasado mal. Sí. Después del accidente en el cruce, hasta sus compañeros de profesión les eludían.

—Siempre sucede cuando muere un crío. ¡Bah! ¡Lo olvidarán! —había dicho Petrini.

Pero no lo olvidaban. Nadie lo olvidaba. Ottis preguntó:

—¿Qué tontería es esa sobre que tenemos que hacer? ¿Qué quieres? ¿Qué descabecemos pescado en San Pedro?

—No. Se trata de conducir, viejo. ¡Conducir! ¡Mira, nos han contratado por un largo viaje, y con posibilidades de continuar fijos!

Ottis se sacudió de encima su indiferencia, como quien se sacude una mosca de la cara.

—¡Diablo! ¡Se han atrevido! ¿Quién es el agente?

—No lo sé. El aviso ha llegado de Los Ángeles: un contrato en regla, un anticipo, y un número de teléfono. El primer viaje será a San Francisco. Debemos llamar esta noche.

Ottis era muy desconfiado.

—¿Y por qué cuentas conmigo? ¿No te han contratado a ti? ¿Por qué no te has buscado otro compañero?

—Sí, por lo menos más limpio. Apesta, Ottis. ¿Por qué no empiezas por darte un baño y afeitarte? He contado contigo porque el contrato es para los dos.

—Déjame ver.

El contrato era normal, extendido en impresos corrientes, y con visados. Estaba a nombre de una empresa que no conocían, una empresa de San Francisco. Se trataba de un primer viaje, y opción a otros.

Petrini mostró el dinero, y Ottis se apresuró a coger la mitad, entrando en la casa para darle algo a su mujer. Luego le pidió al otro que esperara y, media hora más tarde, subía con él al coche. Su apariencia era ahora, relativamente aseada.

Ambos tenían que esperar la llamada en el teléfono de Petrini, que era el de una cafetería de carretera. Mientras esperaban, la gente cuchicheaba a sus espaldas, mirándoles de reojo. Ellos no hacían caso. Por fin, después de que sonara el teléfono, una camarera avisó a Petrini:

—¡Tú, héroe, te llaman!

Petrini le dedicó un insulto, entre dientes. Luego fue a atender la llamada. Volvió pronto, junto a su compañero.

—Tenemos el camión fuera. Encontraremos las llaves y la hoja de ruta en el asiento.

—Un poco misterioso, ¿no? Mira, no he nacido ayer, ¿sabes? Puede que contraten a dos tipos tan desacreditados como nosotros por alguna cosa ilegal.

—Bueno, pero pagan. Y podemos verlo.

Salieron a buscar el camión. El vehículo nuevo, estaba un poco lejos de las luces. Con recelo, Ottis abrió la portezuela.

Al ver las llaves colgando en el contacto, las tomó, dirigiéndose a la parte posterior del camión, y disponiéndose a abrirlo. Petrini fue tras él, diciendo:

—¿Qué temes? ¿Qué esté también lleno de explosivos?

—¡Vete al infierno! Puede que nos encontremos con un cargamento de «espaldas mojadas» recién pasado del río. Se castiga muy duramente el contrabando de hombres, supongo que lo sabes. O con droga. ¡Qué sé yo! Y no quiero riesgos.

A la luz de una linterna examinaron la carga. Se trataba de grandes piezas para máquinas agrícolas, y no parecía demasiado fácil esconder algo entre ellas. Eran sólidas piezas macizas, sin el menor misterio.

En la cabina estaba el talonario para los vales de combustible, y todo parecía en regla. El motor del camión zumbaba de un modo muy confortable.

Ottis se estaba animando. Después de aquella pesadilla, volver a trabajar le devolvía la esperanza.

—¡Ojalá sea una empresa seria y nos ofrezca un trabajo regular!

Había olvidado el misterioso procedimiento de contrata. Pusieron sobre el parabrisas la hoja de horario que les fijaban, que era muy generosa. Y Ottis Kellogg se sentó ante el volante.

* * *

Los dos camioneros conocían la ruta 101 perfectamente. Ambos sabían dónde debían hacer un alto, y cómo distribuir el tiempo para llegar a su destino en el momento fijado.

—Llegaremos de noche —dijo Petrini, que conducía—. ¿Sabes dónde está la zona de llegada?

—Sí, en los muelles de Potrero. Conozco el sitio. Es zona de almacenes de carga.

Era pues un viaje tranquilo y sin sobresaltos, y los dos hombres después de tantas semanas de problemas, de declaraciones, y de miedo ante el porvenir, se sentían felices, manejando aquella poderosa máquina que no ofrecía la menor dificultad, ni amenazaba con averías.

Cumplieron el horario cuidadosamente. Deseaban agradar al desconocido agente, llegando a la hora exacta para hacer la entrega.

—Eso siempre hace buen efecto, mejor aún que aparcar en la oscuridad. Un camión apartado en los muelles es siempre una tentación para las bandas de saqueadores —decía Ottis—. Seguro que este tipo tiene muchos contratos, ya lo verás. Quizá un servicio continuo con San Diego y la frontera. Si le caemos bien, se han terminado los baches para nosotros, amigo.

—Te advierto que fui yo quien recibió el trabajo, así que no vuelvas a darte importancia. Nada de titular y ayudante. A partes iguales en todo, ¿entendido?

—Bueno, no sufras por eso.

Reían felices. Habían comido bien en un parador, y durmieron turnándose. A la hora marcada llegaban a San Francisco. Ottis tomó el volante ya que conocía dónde estaba el almacén.

La zona se hallaba bien señalizada, con números y letras y, después de alguna duda, Ottis encontró la calle, cerca ya del mar. Unas filas de oscuros almacenes, algunos camiones solitarios, y montañas de fardos.

Llevando el vehículo lentamente, sin cesar de mirar las tablillas, encontraron al fin el almacén. El portón estaba abierto, y en la puerta vieron a un hombre alto, moviendo los brazos.

Ottis giró el volante. El hombre había desaparecido en el interior del local. Con la luz de los faros, el camionero descubrió la entrada.

—¿Dónde está el tipo? —preguntó Petrini.

Ottis frenó el camión, poniéndolo en punto muerto. Luego cerró el motor y se dispuso a recoger los documentos de ruta para bajar.

En aquel momento, la mano de Petrini presionó su brazo, conteniéndole:

—Espera, aquí viene.

El hombre alto se acercaba y cuando hizo una seña Ottis apagó los faros. En el almacén había una débil luz, y los del camión solo podían deducir que se trataba de un hombre joven, a juzgar por sus movimientos. Ottis quiso abrir la portezuela, pero no lo consiguió. De pronto, la manilla parecía haberse agarrotado. Como el hombre continuaba aproximándose, Ottis, se dispuso a bajar el cristal.

—¡Maldita sea, tampoco funciona! —dijo.

Petrini probó por su lado, pero la cerradura y el resorte para bajar la luna, se habían también estropeado de repente. El más joven de los dos camioneros puso cara de sorpresa. Ottis estaba gritando.

—¡Eh, señor! ¡Pruebe por fuera, esta puerta no se abre!

El hombre ya estaba junto al camión. Alzó la cabeza para mirar a Ottis, y el camionero abrió mucho los ojos, como espantado.

Aquel sujeto tenía un rostro horrible, deformado y abrasado, con la piel tirando sobre las facciones, igual que si una media de seda la aplastase y

difuminase. Petrini, que también le había visto, por estar inclinado sobre su compañero, gruñó:

—¡Maldito sea, ese tipo ha debido salir del infierno!

Ottis tragó saliva y, recuperándose de la impresión, golpeó la puerta, exclamando enérgico:

—¡Qué no podemos abrir! ¡Haga algo!

El hombre movió los labios, con lo que su cara se hizo más deforme. Y su voz, una voz extraña, silbante, se escuchó en el interior de la cabina claramente, a través del altavoz colocado en el techo. El hombre tenía un pequeño micrófono sujeto a la solapa.

—Lo siento. Nadie puede ayudarles. Las puertas no se abrirán. Es inútil que lo intenten. Tampoco podrán romper las lunas. Están acorazadas, a prueba de balas. En realidad, la cabina en que se encuentran ustedes está blindada. Les quedan diez minutos de vida. Dentro de diez minutos estallará la carga explosiva colocada bajo sus pies. Exactamente diez minutos, y la carga les pulverizará. Diez minutos... a partir de este instante.

Ottis achicó los ojos mientras Petrini empezaba a maldecir. Los dos estaban asustados, aturcidos. Ottis gritó:

—¡Oiga, esto es una broma muy pesada!

El hombre había dado media vuelta y se alejaba, sin prisa, dirigiéndose hacia el portón. Se estaba esfumando en la penumbra. Antes de salir se volvió, y los camioneros apenas vieron su rostro martirizado. Pero sí oyeron su voz, con toda nitidez.

—Soy Ross Sanders. Ustedes mataron a mis padres y a mí hermano en aquel cruce de carreteras, y abrasaron mi cara. Nadie les ha castigado por ello. Ahora podrán vivir, durante diez minutos, la angustia que ellos vivieron. No; les quedan tan solo nueve minutos, y seis segundos...

Salió. Pudo oírse el ruido del portón al ser corrido, y el almacén quedó casi a oscuras, con una triste luz colgando de la armadura central.

Los camioneros estaban quietos, Ottis con las manos sobre el volante. Petrini dijo:

—Es el tipo aquel que nos puso un pleito, el que se salvó del accidente. ¡Se ha vuelto loco!

Ottis pareció despertar de su asombro, y gritó:

—¡Vamos, tenemos que salir! ¡Puede que se trate de una fanfarronada, de un intento de asustarnos, pero yo quiero alejarme de este camión como sea!

Los dos forcejearon con las puertas. Ahora se daban cuenta de que las chapas tenían un sonido distinto. Eran, sencillamente, de grueso acero. De alguna manera que no comprendían, todos los resortes se habían bloqueado al final del viaje. Y en cuanto a las lunas...

—¡Espera, Petrini, utiliza el tacón de la bota, golpea fuerte con él!

Petrini lo hizo, sin conseguir nada. No había herramientas en la cabina, estaban bajo la caja. Buscaron en las guanteras.

Nada. Ni siquiera un destornillador. Ottis aferró la palanca del cambio de marchas, tratando de soltarla. Imposible.

Cuando dejaban de maldecir, solo escuchaban su respiración. Y también la voz silbante que llegaba por el altavoz, recordando su siniestro mensaje.

—Tienen tan solo cinco minutos. ¿Por qué no tratan de evitarlo? ¿Por qué no buscan el explosivo?

Ottis se arrodilló, levantando las alfombras. Era preciso encender la luz de la cabina. Cuando iba a accionar el interruptor, Petrini detuvo a su compañero.

—¡Espera! ¡Puede que estalle todo con la chispa eléctrica!

Ottis dudó. Estaba cubierto de sudor. ¡Y el tiempo pasaba tan deprisa! Por fin se decidió. Lentamente empezó a mover el resorte. La luz se encendió y no pasó nada.

—¡Ese tipo ha mentido, no se atrevería, sería un asesinato! ¡Aquí no hay explosivos, solo quiere vengarse haciéndonos pasar un infierno! ¡No hay explosivos, te lo digo yo!

Pero intentaba inútilmente levantar la chapa del fondo.

—¡Está soldada, no hay modo de moverla, tenía razón, esta cabina es una maldita trampa! ¡Hemos venido cientos de millas metidos en esta ratonera, sin advertirlo!

Petrini empezó a gritar, lanzando al tiempo puntapiés a la puerta, puñetazos a la luna del parabrisas.

—¡Quiero salir de aquí, no voy a soportarlo Ottis, tú tuviste la culpa de lo que pasó, sabías que aquel trasto estaba mal, pero aceptaste llevar explosivos, y ahora ese loco quiere vengarse de nosotros!

Ottis le sacudió un puñetazo, y Petrini quedó encogido junto a la portezuela, gimiendo, asustado como un niño.

Ahora, frenéticamente, Ottis lo probaba todo. Se puso de rodillas en el asiento, golpeando el techo. Luego la parte trasera. Era inútil. Aquella cabina había sido acorazada concienzudamente.

—¡Cinco minutos! ¡Cinco minutos dijo ese monstruo la última vez!

—¡Y no ha estallado, era una amenaza, tan solo una amenaza!

—¡Imbécil, ni siquiera hemos mirado el reloj!

Petrini sollozaba. Ya, ni siquiera se movía. Desde que recibiera el golpe, parecía acabado. Ottis estaba empapado en sudor, con la ropa pegada al cuerpo, pero se agitaba constantemente. Tiraba de algo, golpeaba en otro sitio. ¡Cinco minutos! ¿Cuánto podían durar cinco minutos en aquella tensión?

—Seguro que es una broma, una broma muy pesada de ese tío loco. No

se atrevería...

Las llaves del contacto se balanceaban bajo el volante. Ottis rugió de pronto:

—¡Salgamos de aquí!

Miró a su compañero. El miedo le había trastornado. Ahora Petrini empezaba a reír. Ottis giró la llave. Nada estallaba. ¡El agua! ¡Lanzarían el camión al mar, con las luces encendidas! ¡Dentro del agua, seguramente, no estallaría, y alguien acudiría a sacarlos!

El motor rugía con fuerza, y su sonido, tan familiar, le devolvió parte de la confianza perdida. Puso la marcha atrás y, pisando el acelerador hizo retroceder el vehículo. Enseguida golpeó con la parte posterior el gran portón arrancándolo.

Cuando asomaba a la calle, la cabina pareció sacudida por una terrible fuerza, que la separó del resto del vehículo. Mientras se alzaba en el aire una terrible explosión se produjo. Al tiempo, la parte trasera del camión siguió rodando hasta empotrarse en otro almacén.

Los dos conductores fueron recogidos en grandes bolsas de plástico. Tuvieron que retirarse algunos trozos de sus cuerpos que aparecían colgados en los hierros de la armadura del tejado. Otros no pudieron ser encontrados, jamás.

Capítulo 4

S

AMUEL Goss había vivido siempre en la costa. Pertenecía a una familia de marinos, y solo una serie de circunstancias adversas le habían impedido trabajar en algo relacionado con la navegación.

Una de aquellas circunstancias era su mal carácter, que le había hecho bastante impopular en San Diego. Especialmente su fanfarronería. Presumía de fuerte, y lo era. De corpulento, de dotes de mando, y de casi todo. Por eso encontró siempre el paso cerrado cuando quiso trabajar entre gentes que le conocían bien. Y si pudo hacerse con una plaza en el Servicio de Rescate, fue porque las plazas se con cedían en Sacramento, donde Goss era solo una ficha, una fotografía.

Su actuación en el trágico accidente del cruce, con la terrible muerte de varios miembros de la familia Sanders, amargó su vida. Estuvo a punto de ser procesado por la vía civil. Después tuvo una encuesta dentro del Cuerpo, como consecuencia de la cual, y tras eludir la expulsión, fue castigado sin empleo y sueldo durante tres meses.

Samuel Goss sufrió mucho al tener que despojarse de su uniforme, aunque fuera temporalmente. Su esposa, Eleanor, era su primera víctima, y su hija Faye la segunda. En aquellas semanas, la vida en la casa de los Goss, desde cuyo porche veían el mar, no resultaba muy agradable.

Samuel se encerró en ella para huir de las preguntas y de las bromas.

—Por lo visto, le dio tal ataque de miedo, que arrancó el teléfono del coche tras del que se escondía —decían a sus espaldas.

—¡El muy cobarde...! ¡Tenía el deber de estar allí, hasta el último momento, intentando salvar a alguna de aquellas personas!

Como siempre sucedía, todos estaban dispuestos a exigir heroísmo a los demás, aunque en su profesión eludieran cualquier responsabilidad.

Y Samuel Goss se encerró en su casa amargado y furioso. Una tarde recibió una llamada telefónica, que atendió tan solo porque le insistieron mucho.

—Parece algo interesante, no es un curioso, se trata de una señorita muy fina —dijo la señora Goss—. Quiere hablarte. Dice que te ofrece la posibilidad de justificarte, de defenderte.

Samuel Goss terminó por coger el teléfono. La voz que hablaba, al parecer desde Los Ángeles, podía ser femenina. Prometió a Goss enviarle un cuestionario con preguntas, que él podría contestar con calma, y le hizo

después una extraña proposición.

—No puedo pagarle mucho, señor Goss... Pero, en compensación, sí podría dejarle, ahora que está usted de vacaciones, un barco para descansar y contestara al cuestionario, sin prisas. Es un buen barco, está en la Marina de San Diego. Tengo entendido que le gusta navegar...

Samuel Goss se cercioró de que aquello no le costaría nada, de que le darían una autorización para usar el barco, por escrito. Luego, pidió tiempo para pensarlo, y, por fin, aceptó.

* * *

Era un barco viejo, pero marinero y Goss se entusiasmó al subir a bordo.

—¡Iremos a Santa Catalina! ¡Voy a ver cómo están los tanques!

Estaban llenos, lo cuál era una amabilidad de su anfitrión. La mujer, contenta de verle ilusionado, se ocupó de los víveres, mientras la hija iba a comprarse el más diminuto bañador para tomar el sol.

Partieron a medio día. Pronto Goss comprobaba que el motor era muy lento, pero se resignó.

—Es lo mismo. Suena muy bien. Y no tenemos prisa.

—No te olvides de escribir esas notas. Recuerda que te has comprometido a ello, a cambio de usar el barco.

—¡Hay tiempo! Ahora voy a dedicarme a pescar.

No había instalación para la pesca al «curricane», ni el barco tenía velocidad para ello, así que pescó a caña, por una borda.

—Me gustaría que el barco fuese nuestro, Eleanor. Quizá si presionamos a esa periodista... Es viejo, no debe valer mucho.

—¿Un barco por una entrevista? ¿Te imaginas que eres una estrella importante? —preguntó la señora Goss, mujer muy sensata—. Ni siquiera entiendo cómo te lo han prestado. El alquiler de un barco así vale mucho dinero. La verdad es que hay algo extraño en este asunto. ¿Cómo es esa periodista?

—Aún no la he visto. Solo he hablado con ella por teléfono. Tiene una voz inconfundible, ronca, como silbante. Pero me mandó el cuestionario, y los papeles del barco.

La señora Goss se dirigió a la diminuta cocina, y lo estuvo examinando todo. Su hija se había tumbado en cubierta, al sol, como un lagarto.

—Bueno, si él es feliz —dijo la mujer—, nosotras también lo seremos.

Disponía de todo lo preciso para unos días. Había gas líquido y utensilios. El depósito del agua estaba lleno. Lo repondrían en la Isla de Santa Catalina. En el suelo de la cocina estaba la trampa para la bodega. La alzó y, tomando una linterna, se dispuso a examinarla.

Bajó con cuidado, advirtiendo que allí se oía mucho el ruido del agua. Reinaba gran limpieza en la bodega. Había en ella varias cajas de cerveza, otra caja mayor con repuestos para el motor, rollos de cuerda...

De pronto la señora Goss notó como si alguien respirase sobre su nuca. Fue una sensación muy definida, y por eso se volvió de un salto, preguntando a media voz.

—¿Samuel...?

No había nadie. Lanzó la luz de la linterna en torno suyo, y tras comprobar que estaba sola en la pequeña bodega, apagó la linterna, porque por la escotilla penetraba bastante luz. Se disponía ya a subir, cuando su marido gritó arriba, alegremente:

—¡Voy a parar el motor, echaré el ancla, creo que aquí hay pesca!

El ruido del motor cesó, después de varios ronquidos. Luego, el ancla se deslizó con un roce metálico, y un silencio casi absoluto se hizo en la bodega, apenas alterado por los suaves golpes de mar.

Entonces la señora Goss escuchó de nuevo, muy claramente, el ruido de una respiración. La linterna se le cayó al suelo. Era una mujer valiente y contuvo su primera intención de lanzarse a la escala. Lo que hizo fue dirigirse hacia donde sonaba el ruido. Allí estaba la gran caja con repuestos. La mujer se acercó, despacio, y el ruido de la respiración se hizo más claro.

Decididamente, Eleanor, apoyó las manos en la caja, haciendo fuerza para moverla un poco. En la negrura del fondo de la bodega vio de pronto dos brillantes luces que se movían ligeramente. Y oyó otra vez aquella agitada respiración.

Eleanor Goss lanzó un grito, retrocediendo hasta tropezar con la escala. Al fin, dándose vuelta, se aferró a ella, ascendiendo con la mayor rapidez, mientras llamaba a su marido.

—¡Samuel! ¡Samuel!

El señor Goss volvió la cabeza, con disgusto. Su hija, naturalmente, ni se movió. Con los ojos cerrados, recibía el sol como si fuera una droga.

—¡Samuel, abajo hay alguien, no estamos solos en este barco!

—Un polizón... ¿Eso quieres decir?

La mujer insistió, y Samuel Goss la vio tan nerviosa, que accedió a bajar a la bodega, para subir muy pronto asegurando que no había visto a nadie.

—Ha podido salir por otra escotilla —murmuró la mujer.

Estuvo muy inquieta el resto de la tarde, mientras cocinaba. Continuamente volvía la cabeza, sobresaltada. Goss trajo unos peces, y Faye, en cuanto se ocultó el sol, empezó a aburrirse.

—Podíamos haber invitado a algún amigo. Por ejemplo, a Bob. Al menos, con él, todo hubiera sido más divertido.

La madre le pidió que se vistiera antes de cenar, pues, con la oscuridad, empezaba a enfriar, y la joven se fue al camarote. Estaba poniéndose unos pantalones cuando, al alzar la cabeza ante uno de los ventanillos, pudo ver al otro lado del cristal una cara. La cara de alguien que estaba contemplándola.

Faye Goss echó a correr, saliendo del camarote tan precipitadamente que se golpeó en la cabeza. Sus padres se encontraban en la toldilla de popa, preparando la mesa y, cuando la vieron llegar, tambaleándose, la sujetaron. Faye gritó entonces, alocadamente. No podía hablar, y durante unos momentos estuvo gritando hasta que empezó a llorar. Al fin murmuró:

—Estaba... al otro lado del cristal, mirándome... ¡Era horrible, un ser horrible, con la cara tirante, los ojos, inmóviles, y esa boca...! ¡Os digo que está en el barco, un monstruo horripilante, y me miraba, estaba mirándome fijamente!

Samuel la agitó, para tratar de impedir que cayera en la más completa histeria. La señora Goss empezó a repetir que ella lo había avisado. Y entonces, cuando los tres hablaban, al mismo tiempo, una voz ronca y silbante se impuso sobre todas, dominándolas.

—Pueden contemplarme ahora. Sobre todo, señor Goss, piense que en parte le debo a usted este aspecto; no lo olvide.

Los Goss se volvieron, quedando quietos, asombrados. El farol que colgaba de la faldilla, y que se balanceaba sin cesar, proyectaba una luz movediza sobre el rostro deforme, que parecía emborronado, como corregido por un mal escultor. Samuel asió una botella de sobre la mesa, diciendo roncamente.

—¡No se mueva! ¡No se acerque! ¿Quién es usted?

—Soy el hombre al que usted abandonó en aquel cruce de carreteras. Ahora no me reconoce, pero estuve a su lado, cuando la explosión no había destruido aún mi rostro. Soy una de las víctimas de su cobardía. Las otras están enterradas, señor Goss...

Goss rugió.

—¡No tiene derecho a asustar a mi familia! ¡Usted ha sido indemnizado, no me fue atribuida responsabilidad alguna! ¡Me limité a poner a salvo a la mayor cantidad posible de personas, aquello fue un accidente, yo no tengo la culpa de nada!

—Usted fue un cobarde. Quizá un último esfuerzo hubiera liberado el coche, pero usted nos abandonó, cuando estaba en el deber de intentar el salvamento hasta el último segundo. Naturalmente, ya sé que no ha sido castigado; por eso estoy aquí...

Goss rugió un insulto, arrojando la botella sobre el intruso. Luego, cuando quiso avanzar, en la mano del inquietante sujeto apareció un revólver, que fue amartillado con un golpe de pulgar.

Goss se detuvo, mascullando:

—Deje en paz a mí mujer y a mí hija.

—No voy a disparar sobre ellas. Lo haré solo sobre usted.

Goss lanzó un juramento, que coincidió con el disparo, y con un golpe en un muslo. Era indudable que Sanders no quería matarle. El agente de rescates se inclinó un poco, pero no perdió el equilibrio. Su mujer y su hija gritaban, y Sanders ordenó duramente:

—Tome esa cuerda y átelas, Goss. Si no lo hace, volaré la cabeza a su hija.

Había alzado nuevamente el arma, y apuntaba, en efecto, a la cabeza de Faye. Goss obedeció, gimiendo, mientras la sangre se deslizaba a lo largo de su pierna. Tuvo que amarrar a las mujeres con fuerza, porque Sanders no se dejaba engañar. Luego, el propio Sanders lo ató a él. Lo hizo con habilidad, para no dejarse sorprender ni arrebatar el arma. Obligó a Goss a tenderse de bruces, y enlazó sus manos a la espalda. Luego le ató los pies.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el herido.

—Me iré en el bote y les dejaré a la deriva —dijo Sanders.

Goss empezaba a tranquilizarse. Aquel loco solo había pretendido asustarles. Vio a Sanders desatar el «chinchorro» que el barco remolcaba, y saltar a él. Al mismo tiempo vio también un hilo de humo que se deslizaba sobre la cubierta. Entonces rugió:

—¿Qué es eso? ¿Qué es ese humo?

Sanders, aún cogido al barco, dijo, sonriendo de un modo que resultaba espantoso.

—Fuego, señor Goss. Fuego a bordo. Usted sabe lo que sucede en un barco como este, con fuego a bordo y los tanques llenos de combustible. ¿Verdad que lo sabe?

—¡Vuelva, maldita sea, apague ese fuego, el barco volará, no se marche, quíteme estas cuerdas! ¡No puede hacernos esto, tuve miedo, sí, pero yo no puse los explosivos en aquel maldito camión!

Las mujeres, que ya habían comprendido, lloraban y suplicaban en vano. Sanders se dejó caer al fondo del bote. Al momento tiró del arranque del pequeño «fuera-borda», y el bote se alejó del viejo barco de recreo.

Samuel Goss, de bruces en el suelo, forcejeaba por soltarse, con la cara pegada a las tablas. Advertía angustiado cómo el humo iba espesándose. Empezó a jurar, al tiempo que su esposa le insultaba, reprochándole su cobardía. Le dijo cosas que jamás le habían dicho.

Goss lloraba. Sentía el golpear de su corazón, se ahogaba, la cuerda mordía en su carne e iba cediendo, pero muy lentamente. Al tiempo, la pierna herida se estaba volviendo insensible.

—Quizá el fuego se consuma solo, sin llegar a los tanques... ¡Si alguien acudiera en nuestra ayuda! ¡Dios mío, habrá de ser alguien que no tenga

miedo, como yo lo tuve!

Surgieron las primeras llamas. Se alzaron por una de las escotillas. La señora Goss gritó, añadiendo un brutal insulto dedicado a su marido. Goss, cubierto de sudor, pudo volver la cabeza y mirarla. Ella repitió furiosa:

—¡Haz algo, maldito cobarde, haz algo, tienes que hacer algo! ¡Tienes que hacer algo...!

De pronto, la cubierta entera se alzó, casi lentamente, casi en silencio. Luego se produjo el estruendo, la horrible llamarada, la desintegración total y completa.

Sanders ni siquiera volvió la cabeza al oír el ruido y ver reflejado ante él, en el agua, el vivísimo resplandor rojizo. Manteniendo la mano en la vara del timón, impasible, miraba fríamente, al frente con sus ojos sin párpados.

Capítulo 5

ƒ

UE un inspector de seguros quien relacionó, casualmente, examinando un expediente, el nombre de Samuel Goss, con el de los dos camioneros muertos poco antes.

Estaba mirando la hoja de servicios de Goss, para descubrir algún posible enemigo, cuando apareció un informe en el que figuraban los nombres de aquellos dos camioneros, misteriosamente muertos por una voladura de su camión.

—Porque lo de Goss y su familia ha sido un horrible asesinato. Entre los restos destrozados y calcinados, se encontraron indicios de que habían sido maniatados antes de que el barco estallara.

Por eso el agente de seguros juzgó conveniente investigar. Se llamaba Joe Glamis y era hombre de instinto. Como él decía:

—Los accidentes simulados se descubren casi siempre por una corazonada. Después se encuentran las pruebas. Este barco ha sido destruido criminalmente, y resulta curioso que Goss interviniera en aquel accidente de carretera que provocaron los dos camioneros que poco después volaban por los aires dentro de una extraña cabina de camión, tan acorazada como el coche de un primer ministro...

Glamis lo estaba comentando con el jefe de siniestros de su compañía, el cual le escuchaba con el mayor interés, ya que el trabajo del agente era precisamente evitar pérdidas a la compañía, por fraudes.

—¿Qué es lo que sospechas?

—Pues que alguien tenía muy poca simpatía por aquellos camioneros, y también por este oficial de salvamentos. Y puesto que, de un modo u otro, ellos participaron en un accidente que, por otra parte, tuvo líos legales, y del cual Goss salió poco menos que suspendido de su empleo, me gustaría conocer algo más sobre el citado accidente, y sí, como consecuencia del mismo, alguien tendría motivos graves para estar molesto con ellos...

—Ross Sanders —dijo el jefe de siniestros, con mucha firmeza.

—¿Quién?

—Lee bien ese expediente, muchacho. Ross Sanders fue el superviviente del accidente en el que murieron sus padres y hermano pequeño. Se trataba de un hombre brillante, muy inteligente, y quedó muy mal. Destruído por completo el rostro. Presentó una serie de denuncias por actuación criminal, que fueron rechazadas, aunque consiguió una gran

fortuna en indemnizaciones.

—Ya empiezo a entender. Un hombre destruido, amargado, que ha buscado el modo de vengarse legalmente. Interesante conclusión. Podría estar trabajando en una venganza personal. Búsqueme todo lo que pueda de ese hombre, jefe.

Joe Glamis recibió los informes, que leyó en el cuarto de un infecto hotel que ocupaba por aquellos días. Acostumbraba a vivir en hoteles, aunque cambiando constantemente de lugar. Un servicio de avisos por teléfono le tenía siempre en contacto con sus jefes, que eran varios, pues en realidad Glamis era un investigador libre, relacionado con varias compañías. Leyó el informe mientras vaciaba una botella de «bourbon», completamente indiferente a la sordidez de la habitación.

Hizo unas cuantas anotaciones en una libreta, nombres y direcciones. Después cerró los ojos y se dedicó a dormir.

Pasó toda la noche sobre la cama, sin quitarse la ropa, y por la mañana se metió en la ducha. Después se vistió de cualquier modo, con un traje arrugado. Tenía una resaca muy importante y trató de aliviarla con dos vasos de zumo de apio, que le causaban náuseas. Luego se tomó el contenido de una cafetera llena, todo en el bar de la esquina. Ya más aliviado, consultó su libreta, murmurando:

—Empezaremos. Por el principio. Lo más sencillo será ir a ver a ese Sanders, y preguntarle si él ha hecho volar a los camioneros y ha dejado a los Goss maniatados en un barco en llamas. Puede que diga que sí, nunca se sabe. A veces se complica todo por no preguntar directamente.

Joe Glamis tenía treinta años, era delgado y nervioso, y aunque a primera vista parecía una copia al carbón de tantos investigadores de la «serie negra», un remedo del Bogart de «Casablanca» —y vivía realmente con el desorden de algunos de aquellos personajes—, bastaba mirarle a los ojos para comprender que aquello se trataba tan solo de una pose, que le ayudaba a defenderse en el sucio mundo en que se veía obligado a vivir. A los ojos de Glamis asomaba su bondad y su falta de crueldad.

Lo más sencillo no funcionó, porque Sanders no aparecía por ningún lado. En su casa, y en su banco, se le creía descansando lejos de la ciudad, en lugar desconocido. Y todos estaban decididos a protegerle, evitando que alguien pudiera molestarle.

Glamis comió una hamburguesa, regada con una cerveza caliente, en un puesto callejero, y probó con otra de las direcciones que tenía en su libreta.

—Virginia Harvey, su prometida. Espero que no haya desaparecido también.

Virginia estaba en su casa, pero se negó a recibirle. Glamis le dijo a la criada:

—Es una pena. Quería hablarle del señor Sanders, creo que él está

necesitado de ayuda, precisa ser ayudado por los amigos.

La criada, mujer de confianza, gruñó, contrariada:

—Mi señorita nada tiene ya que ver con ese señor.

—Comprendo. Un amigo más que le abandona.

Cuando Glamis salía de la casa, le llamaron. Virginia estaba en la puerta, pálida y muy bella. Al verla, Glamis se quedó casi sin respiración. Era muy sensible a la belleza femenina, le trastornaba, se sentía casi enfermo cuando veía una mujer como aquella. Virginia preguntó:

—¿Quién es usted?

Glamis se lo dijo, mientras trataba de ajustarse un poco la resobada corbata, sin conseguir mejorar su aspecto.

—No sé dónde está Ross... usted dijo que él necesitaba ayuda —empezó Virginia.

Y se echó a llorar de pronto. Glamis, muy sofocado, no sabía a dónde mirar. Pese a todo, insistió con mucho aplomo:

—Sí, creo que Sanders necesita ayuda. Quizá usted no lo sepa, pero tres de las personas a las que él hizo responsables de la muerte de su familia, han muerto asesinadas, y de un modo brutal. Podría tratarse de una venganza. Por eso considero preciso encontrar al señor Sanders cuanto antes.

Virginia se volvió de espaldas, murmurando, entre sollozos:

—Yo... le rechacé, tuve miedo, me daba horror su cara. Además, mis padres me obligaron a dejarle, no sé dónde está, pero tengo mucho pánico, sí, le tengo pavor, con esa horrible mirada... No es el mismo, el accidente le ha convertido en un... en un...

—¿En un loco?

Ella no contestó. Glamis puso en sus manos una tarjeta, con el número de su servicio telefónico.

—Llámeme aquí si él se pone en contacto con usted... Deje el recado y yo vendré. Creo que... Debería tener cuidado, no salir mucho de casa, no salga sola al menos.

Ella le miró, con sus enormes ojos, húmedos de lágrimas.

—¿Cree que...?

—No lo sé. No lo sé, pero tenga cuidado.

Virginia le dio las gracias, y Glamis volvió a tener dificultades para respirar. El investigador se fue a paso rápido y necesitó varios minutos para poder ordenar sus ideas. Al fin logró murmurar:

—Es preciso encontrar a las demás personas a quienes Sanders denunció. El dueño de la compañía de transportes, el comerciante que contrató el transporte de los explosivos, el encargado de aquel taller mecánico que había hecho una chapucera revisión del camión accidentado. Todos fueron denunciados por Sanders, y acusados de negligencia criminal,

sin el menor resultado positivo. Si en verdad está loco, puede buscarlos a todos ellos. Y quizá se atreva incluso a atacar a la mujer que le ha despreciado.

Joe Glamis se sofocó, maldiciendo:

¡Qué mujer! Eres un imbécil, Joe, mírate un poco, maldito infeliz, ella es una chica que está fuera de tu alcance.

* * *

Había sido un día muy duro para Nelson Traver. Media mañana perdida en un banco, tratando de atrapar a un directivo al que pensaba sacar un crédito. Y no le encontró.

Tenía una cita para comer con un amigo y cuando llegó al restaurante, le esperaba un aviso disculpando la falta de asistencia.

—¡Podía haberme llamado a la oficina, y me hubiera ahorrado media hora de atascos!

Decidió quedarse a comer, él solo, porque Traver era aficionado a la buena cocina y allí preparaban un magnífico timbal de mariscos. Pero aquel día no había marisco.

Luego, por la tarde, acudió a la cita con el dentista. Fatalmente esa cita no se canceló, así que fue sometido a una sesión de un nuevo torno, que no producía dolor alguno, ya que funcionaba por ultrasonido. Como desde que se inventara el primer torno de dentista, todos se han anunciado como indoloros, aquel producía un dolor distinto, y no menos desquiciante. Muy nervioso, Traver, se metió en un bar, bebiéndose varios «martinis», con lo que el dolor se hizo más vivo.

Nelson Traver era un hombre soltero, al que le gustaba mucho la compañía femenina. Aquella noche había pensado tenerla, más con aquel dolor de muelas tuvo que desistir, y decidió irse pronto a casa, dando el día por perdido.

—Me acostaré pronto y tomaré un par de pastillas para dormir.

Vivía solo, en un elegante departamento de una casa con toda clase de servicios comunes. Disponía de plaza para el coche, en el sótano, y también de ascensor personal. Pagaba mucho dinero cada mes, pero todo estaba siempre limpio, ordenado, la nevera llena, la ropa renovada. Incluso sus trajes eran planchados y llevados al tinte sin que él tuviera que ordenarlo. Nunca encontraba en su casa un cenicero sucio, o un vaso con huellas de labios.

Y, además, él no veía a las personas que realizaban aquellos trabajos. Solo al administrador, que lo dirigía todo.

Traver llegó al edificio en el que vivía abriendo la puerta del ascensor con su llave personal. Apenas subir y pasar al vestíbulo, pulsó el

automático que regulaba todas las luces, eligiendo una media intensidad que dejaba el apartamento en agradable penumbra.

Cuando empezaba a cruzar la sala, para ir al vestidor y ponerse ropa más cómoda, percibió un olor extraño. Olor a un tabaco fuerte, muy distinto del que él fumaba. Y la noche anterior no había tenido reunión en la casa.

Traver era un hombre desconfiado. Y tenía enemigos ya que, en sus actividades comerciales, se empleaba con bastante dureza. El humo de tabaco procedía del rincón donde había un enorme sillón inglés.

Lanzó una rápida mirada hacia el mueble en el que guardaba un revólver. Y, como si su pensamiento hubiera sido adivinado, una voz desconocida para él, dijo, tajante:

—No está ahí, olvídelo.

Traver quedó quieto. Por un momento pensó en alguno de sus amigos, en una broma de mal gusto. Aquella voz tan desagradable, ¿a quién pertenecía?

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, tratando de mostrarse tranquilo, mientras avanzaba.

—Le espero. Simplemente, le espero. Estaba dispuesto a esperar durante varias horas. Ha sido muy amable viniendo antes de lo que acostumbra.

El hombre que ocupaba el sillón inglés de alto respaldo se puso en pie. Luego, muy lentamente, giró sobre sí.

Nelson Traver retrocedió un paso cuando la cara del intruso quedó ante él, envuelta en la tenue luz de la sala. Se miraron en silencio, durante unos largos minutos. Traver pensó en un primer instante que se trataba de un hombre que por algún procedimiento, intentaba ocultar su rostro. Luego comprendió que «aquello» era realmente su rostro.

Aquel rostro monstruoso le produjo una especie de frío. De helado pavor. Porque en la mirada del visitante había una siniestra amenaza. Y de pronto, antes de que hablara, Traver supo quién era, aunque nunca le hubiera visto en persona.

—Usted... Usted es ese Sanders, el del accidente...

Sus abogados le habían ya hablado de Sanders, cuando presentó la denuncia. De cómo había quedado desfigurado.

—Sí, soy Sanders, en efecto.

—Bueno, siéntese. No sé cómo ha podido entrar aquí —Traver hablaba fingiendo desenvoltura—. Pero me alegro. Siempre creí que hubiéramos debido conocernos después de aquel desdichado accidente.

—Provocado por usted, señor Traver. Cargando explosivos peligrosos en un vehículo sin garantías, sin avisos del peligro, y contraviniendo varias medidas de prudencia legales.

Traver se sofocó. Ahora evitaba mirar al rostro de Sanders, mientras argumentaba:

—No lo creyó así el fiscal. Todo era legal, y mi compañía de seguros cubrió el riesgo debidamente. Siento mucho lo que ocurrió, pero son cosas que pasan. ¿Quiere beber algo?

Sanders negó, con un movimiento de cabeza. Al tiempo dijo:

—Solo he venido a hablarle de la terrible angustia que se vive cuando se espera que una horrible explosión se produzca y algo nos impide huir de ella. El deseo de salvar a las personas que ama, por ejemplo. O la imposibilidad física, por estar de algún modo atrapado. Como lo estaban mis padres y mi hermano, los tres conscientes antes del estallido...

Traver volvió a temblar. La fría voz, sin apenas modulaciones, acompañada de un leve silbido, que parecía proceder de algún aparato reproductor de sonido averiado, resultaba terrible.

—Sería mejor que usted tratase de olvidar —murmuró, con esfuerzo.

—Pero antes quiero instruirle a usted, para cuando llegue ese momento... Tendrá que apretar los dientes y contener los deseos de gritar... Procurar serenarse, porque, de otro modo, se volverá loco antes de morir, antes de que todo estalle. Y es preciso que conserve la lucidez hasta el último segundo... Cuando se va a morir, los segundos son muy importantes. Le asombrará comprobar cómo el prolongar la vida un solo segundo significa algo maravilloso, aunque se pueda perder en el siguiente instante.

Traver gritó:

—¡No sé de qué me está hablando! ¡Pero no me gusta, así que salga de aquí antes de que llame a la policía!

Alargó una mano hacia un teléfono que estaba cercano. Sanders le previno:

—Más vale que no lo toque... Podría estar ahí, en ese aparato precisamente.

—¿El qué? ¡Usted está loco, no le comprendo!

—El explosivo, Traver. Podría estar en el teléfono, y hacer explosión en cuanto usted lo mueva.

Traver se puso blanco.

—¿Explosivo...?

—Estoy tratando de explicárselo, señor Traver. He colocado una pequeña, pero terrible carga de explosivos en esta casa. Usted no podrá escapar a ella, es imposible. Estallará cuando trate de hablar por teléfono pidiendo ayuda, cuando abra alguna puerta, quizá al sentarse en alguna silla, o al usar el ascensor... Es posible que ocurra al abrir una ventana para gritar. O al accionar algún interruptor de la luz... ¿No es emocionante?

Traver tartamudeó algo. Sanders sonreía.

—No pierda la calma. Con un poco de suerte, le quedarán horas de

vida... Seguramente más tiempo que el que usted dio a mi familia. ¡Ah, tenga cuidado al moverse; el detonador podría ser accionado al pisar una alfombra... o al levantarla!

Sanders se alejó, hacia la cocina, para salir por la puerta de la escalera de servicios. Antes de desaparecer, advirtió de nuevo:

—Naturalmente, tampoco puede confiar en la puerta por la que voy a salir, puesto que apenas, ser cerrada por mí, ya podría quedar conectada... Una vuelta al pomo, y...

Traver gritó:

—¡Dígame cuánto quiere y se lo daré, pero no se vaya! ¡Esto es una maldita broma, solo trata de asustarme! ¡Seguro que quiere vengarse!

Sanders afirmó.

—Exactamente. Quiero vengarme. ¿Cree que no tengo motivos? Si lo cree mire con atención mi rostro.

Ahora en el rostro de Sanders se reflejaba la ira. Y también una violencia terrible. Traver quedó quieto mientras el otro desaparecía. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse, y después un chasquido metálico.

Nelson Traver temblaba, de pie en el centro de la sala.

Estuvo unos momentos quieto. Luego murmuró:

—¡Bah, qué tontería, ese tipo es un desequilibrado! Avisaré a la policía. Sí, eso es lo que haré.

Pero al rozar el teléfono con las yemas de los dedos, no se atrevió a moverlo. Había visto en una película cómo estallaba un teléfono preparado por los asesinos. Aquello era posible, lo sabía. Y él entendía de explosivos. Algunos plásticos podían tener un terrible poder destructor aún aplicados en una diminuta porción.

—Quizá sea todo una falsa alarma. De todos modos, esa mirada... Una venganza perfecta: someterme a la angustia que ellos sufrieron en aquel maldito coche, y luego hacer que muera con explosivos, como los suyos murieron...

Debía conservar la serenidad. El apartamento estaba completamente alfombrado, no era pues posible eludir las alfombras.

Miró para el suelo, y también en torno suyo, buscando algún relieve que denunciara la presencia de la pequeña mina. Porque él no podía quedarse allí, quieto, esperando.

La alfombra aparecía perfectamente lisa. Avanzó un pie, tanteando y empezó a sudar al mismo tiempo. Lo apoyó con cuidado. Luego decidió que necesitaba mayor sensibilidad y se quitó los zapatos, arrojándolos sobre un diván. En el momento en que los tiraba le sacudió el pánico.

—¡Puede estar en la suspensión de ese diván! ¿Por qué no?

Afortunadamente no se produjo el estallido. Descalzo, Traver percibía mejor la suavidad de la alfombra. Fue avanzando, muy despacio,

conteniendo el aliento y temiendo que cada paso que daba fuera el último de su vida.

Había decidido esperar. Por la mañana, el administrador llamaría por el comunicador interior, para ver si necesitaba algo. El estaría lejos, por si estallaba. De no ocurrir nada, podría contestar sin tocar el aparato, que se accionaba desde el vestíbulo.

Y entonces pediría ayuda. Que la policía enviara a alguien con un instrumento detector.

Así burlaría a aquel loco de Sanders. Después lo intentaría buscar para hacer que lo enviaran a un manicomio, que era donde debía estar aquel chiflado.

La puerta del dormitorio estaba abierta. Cuando se disponía a empujarla, tuvo un sobresalto. Volvió a retroceder y, tomando un pequeño taburete, lo lanzó contra la puerta, abriéndola sin más problemas.

—Bueno, no sucede nada. Creo que estoy exagerando...

Aun así avanzó con la misma lentitud, arrastrando los pies, tanteando con los dedos cualquier posible abultamiento.

Por fin llegó al cuarto y suspiró aliviado. Se echaría en la cama y esperaría. Sí, solo debía esperar, tan solo esperar, la llamada del administrador. Incluso desde la misma cama podría contestarle.

Sonriendo se despojó de la chaqueta y la puso con cuidado sobre una silla. Luego inició el movimiento para sentarse en la cama. Pero le vino a la imaginación una especie de destello. Vio cómo su cuerpo se hundía en la superficie de la cama, cómo los tensos muelles que soportaban el colchón cedían, y cómo dos de ellos se aproximaban, poniendo en contacto dos finos cables.

Se irguió de un salto, apartándose de la cama. Temblaba de pánico.

—¡He estado a punto de morir, es aquí donde lo ha puesto, estoy seguro, un sitio que él no mencionó! ¡Ha minado la cama, es muy sencillo!

Sudaba de nuevo. Había sido un momento horrible. Su corazón estaba tan agitado que podía oír sus latidos, golpeando en el cerebro, hasta aturdirle. Se tambaleaba tanto que tuvo que apartarse para no caer sobre la cama. Le parecía escuchar el terrible estallido, ver el resplandor causado por la descarga, sentir cómo su carne se despedazaba en un breve, insufrible dolor.

—Es lo que él quiere... que enloquezca de pánico. Pero hay más. Ahora sé que no se trataba solamente de una amenaza. El explosivo está aquí, tiene que estar aquí...

Se sentía mareado, tenía náuseas y los vómitos empezaban a sacudirle.

Tambaleándose y, muy poco consciente de sus actos, entró en el cuarto de baño. Luego, apoyado en la pared, inclinado sobre la taza del retrete, devolvió con esfuerzo, amargas bilis, entre retorcimientos del estómago.

Estuvo unos momentos descansando, tratando de recuperarse. Después en un movimiento reflejo e impensado, apoyó la mano derecha en la palanca de la descarga del agua.

La empujó, con un golpe seco. Inmediatamente, en su cerebro se produjo la alarma. ¿Qué había hecho? ¡Podía...!

Sí, el explosivo podía estar colocado en el interior de aquella válvula, casi a la altura de su cara, dentro de un grueso tubo de acero.

Y estaba.

La explosión no fue ruidosa, pero la válvula entera, y parte de la tubería, salieron despedidas como proyectiles y casi arrancaron la cabeza de Traver. La cortaron por la parte de arriba, levantando su cráneo, como si fuese una tapa, y lanzándolo lejos.

De la destrozada cabeza surgió un chorro de sangre oscura y, mientras el cuerpo caía, la sangre manchó las paredes, y los blancos muebles.

Y por la destrozada tubería brotó el agua, como un torrente, inundándolo todo.

Capítulo 6

T

ODOS los periódicos de la mañana estaban sobre la cama de Joe Glamis, mezclados con los restos de una comida china servida en cajitas de cartón, y de varias botellas de cerveza vacías. Joe salió del miserable cuarto y, utilizando el teléfono del pasillo, llamó a su servicio de mensajes.

—Preciosa, soy Joe, tu admirador más macizo. ¿No hay algo para mí?

Una cansada voz de mujer contestó:

—¿Quién crees que va a acordarse de un investigador como tú?

—Pues quizá una preciosa muchacha con una voz angelical, y que se llama Virginia Harvey. ¿Qué tal te suena eso?

—A delirio alcohólico. Vete a la cama a dormirla, todavía estás soñando.

Joe dijo una barbaridad y colgó el teléfono. Confiaba en que la joven hubiera visto los periódicos, y comprobado que otro de los personajes demandados por Sanders había muerto. ¡Y también por una explosión!

—Está tan claro, que no comprendo cómo toda la policía de Los Ángeles no se dedica a buscarle. Bueno, quizá lo estén haciendo, pero se hubiera filtrado algo en los periódicos, supongo.

Abrió su armario, lanzando una desalentada mirada a su vestuario. Todo estaba viejo, arrugado y, además, era triste. Pero tenía tarjetas de crédito, así que se duchó y se fue, primero a una peluquería donde ordenaron su pelo, luego a un comercio, donde eligió un traje que le pareció elegante, y que le daba en realidad aspecto de pandillero juvenil.

Joe Glamis parecía muy satisfecho de sí mismo. No tenía coche, pues el carnet de conducir se lo habían quitado a perpetuidad después de un accidente de carretera, al final de la cual atrapó a dos asesinos peligrosos, salvando a la vez a un niño que habían secuestrado. Le felicitaron, le elogiaron de todos los modos posibles, consiguió una buena gratificación de los padres del niño y todo eso. Pero le quitaron el carnet de conducir porque, durante la persecución, había cometido una docena de faltas de circulación.

—¡Y date por contento de conservar tu licencia! —le dijeron.

Glamis tomó un taxi, que le llevó a la casa de los Harvey. Por primera vez en su vida desde los tiempos del colegio, Joe Glamis se sentía ligeramente intimidado. Había pensado en llamar primero por teléfono, pero, por miedo a ser rechazado, se presentó sin aviso. Le abrió la puerta un

hombre fuerte, bien vestido, que le miró con recelo.

—Usted debe ser ese tipo que estuvo el otro día molestando a mí hija —gruñó, agresivamente.

—Sí, debo ser el mismo, me temo. ¿El señor Harvey? Me llamo Joe Glamis, y soy agente de investigación de seguros. Estoy trabajando en determinados siniestros criminales.

—¿Y qué tiene que ver mi hija con usted y con sus criminales? —dijo Harvey, mirando despectivamente, y de arriba abajo, al joven.

—Espero que nada. Pero resulta que tengo ciertas sospechas sobre el autor de tales siniestros. ¿Puedo pasar, señor?

—No.

—Gracias. Es usted muy amable. Se trata de Ross Sanders. Resulta que están muriendo personas relacionadas en cierta manera con su accidente, que podrían ser consideradas de algún modo responsables del accidente. Necesito encontrarle, y...

El señor Harvey se apartó, diciendo con firmeza:

—Pase.

Glamis miró ansiosamente con la esperanza de encontrar a Virginia. No había nadie en la sala. El señor Harvey le señaló una butaca, quedando en pie ante el investigador.

—Eso que usted dice sobre el pobre Ross es muy grave. Supongo que tendrá pruebas.

—Ninguna. Pero yo casi nunca tengo pruebas de nada, solo busco motivos. La policía es quien se ocupa de las pruebas. Y he pensado que si ese hombre persigue a los que considera enemigos, quizá su hija...

Harvey entendía perfectamente. Murmuró:

—Ese pobre chico...

—¿Dónde está su hija?

—Aquí, pero no quiero que se le moleste.

—Bien. Pregúntele dónde puede estar Ross. En el expediente que tengo dice que no volvió a su casa después de la desaparición de su familia. Quizá su hija sepa si disponía de algún otro refugio. Tampoco usa el apartamento que tiene en el centro. Es preciso que yo lo encuentre antes de que...

—¿Antes de que intente atacar a mí hija? ¿Es eso lo que usted teme?

—Sí. Ella le abandonó. Y si Sanders se ha convertido en el hombre que imagino, bien podría odiarla ahora, y...

—No sé dónde puede estar. Nunca tuve una gran amistad con él. La verdad es que siempre me produjo cierta alarma, aunque solo podría reprochársele su ambición, y eso, en este país, se considera una virtud.

—Déjeme preguntarle a su hija.

Harvey aceptó, después de vacilar. Virginia estaba sin duda escuchando,

porque acudió al momento, pero, aparte de deslumbrar a Joe, dejándolo otra vez aturdido y sofocado, no proporcionó ayuda alguna.

—No lo sé, Ross, solo tenía la casa y el apartamento. Seguramente estará en algún hotel.

—Si su rostro ha quedado tan deformado, no es fácil que eso sea así. Imagino que tratará de esconderse. Bien, muchas gracias, señorita Harvey. ¿Podré llamarla por teléfono para comentar mi trabajo?

Ella miró de reojo a su padre, y este pareció no advertirlo.

—Sí, de acuerdo, es usted muy amable.

Joe, que siempre había sido audaz con las mujeres, añadió, en voz baja:

—Podríamos vernos para tomar un café, o una copa, y de paso...

El señor Harvey carraspeó y Joe, haciendo un cómico gesto, hizo una inclinación para despedirse.

* * *

Joe Glamis lanzó un apagado silbido al ver la casa de Sanders, en Santa Mónica. Había llegado hasta ella a pie, dejando lejos el taxi, para no producir alarma.

—Podría muy bien estar escondido aquí. El edificio es enorme.

Pero lo que Glamis esperaba encontrar eran referencias a un posible refugio de Sanders. Quizá entre sus papeles hubiera algo relacionado con alguna apartada propiedad.

—Un tipo tan importante como él, podría tener una cabaña en la montaña, o algo así.

Joe Glamis llegó hasta la puerta. Usaba una pequeña linterna, evitando que pudiera verse la luz desde la calle. La policía vigilaba mucho entre aquellas casas de Santa Mónica, sobre todo cuando estaban cerradas, a la caza de ladrones.

—Si me viera mi jefe, me advertiría que entrar en una casa sin permiso es allanamiento de morada. Ahora bien, si uno encuentra una puerta abierta, y llama a voces...

Claro que no había ninguna puerta abierta, pero Joe la abrió sin mucha dificultad, usando un milagroso alambre flexible, que manejaba con la habilidad de un mago de teatro.

Empujó después la puerta, con suavidad, diciendo a media voz:

—¿Hay alguien en la casa? La puerta está abierta... voy a pasar.

Con aquello se daba por satisfecho. Si le atrapaban, lo enviarían a la cárcel, pero su moral quedaría a salvo. Avanzó por un gran salón mientras sus pies se hundían en la alfombra. Olía a maderas finas, a lujo invisible. Glamis se orientaba muy bien. Fue a la cocina, porque sabía que en la cocina era donde mejor podía encontrar vestigios sobre la ocupación o no

de la vivienda.

Entró en ella, cerrando la puerta. Con la luz de la linterna recorrió las mesas, los muebles. Luego se dirigió a las placas de la cocina, y las tocó.

Una de ellas guardaba un leve calor. Alguien la había usado horas antes. Luego abrió el frigorífico. Estaba provisto de bandejas de comida preparada. Buscó la fecha en la cubierta de aluminio, antes de refunfuñar:

—Lo pedirá por teléfono y se lo traerán. En realidad, no tienen necesidad de verle.

Evidentemente, la casa había sido usada aquel mismo día. Por alguien que se escondería, que seguramente solo saldría de noche.

—Es posible que ahora no esté aquí.

Joe Glamis, moviéndose en silencio, volvió a la sala y se sentó en un diván, con la linterna apagada. Quería dedicarse solamente a escuchar, sin moverse. Era capaz de permanecer mucho tiempo en un estado casi vegetal, sobre todo cuando podía pensar en alguien tan perfecto como Virginia Harvey.

Poco a poco fue percibiendo ruidos que antes no se apreciaban. Los ruidos misteriosos que producen las casas en la noche, cuando sus materiales se agitan, sus cristales se contraen, o se dilatan, los muebles ceden bajo el peso, y las tuberías ponen en circulación burbujas de aire.

Pero, aquellos ruidos, Glamis los apartaba. Y continuaba escuchando. Al fin hubo un ruido distinto. El gemido de una puerta al abrirse. Arriba, en el piso.

Joe Glamis sonrió. Allí estaba. El silencio de la casa le había confiado, y se disponía a bajar.

Se encogió en el asiento, en la más completa oscuridad. Pronto oía unos suaves pasos, el leve crepitar de las gruesas alfombras al ser holladas por los pies.

—Baja por la escalera.

Apretó las manos. Sobre la oscura tapicería del diván, Glamis era prácticamente invisible. Miraba con fijeza a la escalera, que era como una larga mancha. Pero, sobre ella, otra mancha se movía, descendiendo. La veía aumentar de tamaño.

—Un hombre de más de un metro ochenta. Ross Sanders, seguro — pensó.

Sanders no utilizaba luces. Era indudable que deseaba que la casa pareciera inhabitada. Se detuvo al pie de la escalera. Si había oído la llamada de Joe, estaría alerta. Miraba hacia la puerta de la calle, que Joe había vuelto a cerrar.

—Debe preguntarse si el intruso que entró se habrá marchado. Pensará que dejó la puerta abierta por descuido, y que ese extraño se aprovechó de su distracción.

Sanders se movía hacia la puerta. Con mucho recelo, a juzgar por su lentitud. Joe Glamis se incorporó con cuidado, acercándose al hombre.

Cuando Sanders alargaba una mano para abrir la puerta, Joe le tocó en la espalda.

—Señor Sanders...

Sanders pulsó el interruptor al tiempo que giraba. Lo hizo tan bruscamente, que Joe tuvo que apartarse para evitar ser derribado.

El rostro de Sanders quedó ante el suyo, muy próximo. Joe sabía que Ross Sanders había sufrido graves lesiones, pero ahora, al verle, al sentirse contemplado por aquellos ojos brillantes y fijos, al tener tan cerca la horrible cara de piel estirada, de facciones borrosas, de boca deformada, tuvo miedo y quiso retroceder.

Sanders rugió algo que Joe no pudo entender, mientras sus manos aferraban al investigador por el cuello. Unas manos grandes y fuertes.

Parecía dominado por la rabia, la boca entreabierta, los ojos llameantes. Al gesticular, toda la cara se distorsionaba, las grandes cicatrices de detrás de las orejas, de la nuca, donde los injertos de piel terminaban, producían tensiones en el rostro, y tiraban de la piel de forma irregular, convirtiendo la antaño hermosa cara en algo parecido a un mal dibujo, a una de esas monstruosas cabezas de algunas tallas precolombinas.

El horror había dejado a Joe Glamis inmóvil. La respiración de Sanders se iba convirtiendo en un silbido siniestro, sus rugidos sonaban completamente animales. Y sus manos seguían apretando el cuello de Joe, salvajemente.

Glamis sintió que el aire le faltaba, al tiempo que algo parecía ascender velozmente hacia su cerebro, golpeando sin piedad. Sintió en la boca el sabor de su propia sangre. Le invadió un intenso mareo, a la vez que se apoderaba de sus piernas una sensación de debilidad casi agradable.

¡Estaba siendo estrangulado!

Reaccionó lanzando un gemido rabioso, y hundiendo sus puños en el vientre de Sanders. No hubo respuesta. Las grandes manos continuaban presionando. Desesperado, Joe le sacudió un rodillazo en los testículos, y entonces Sanders emitió un alarido, y sus manos se apartaron del cuello de Joe.

El investigador volvió a utilizar los puños, golpeando el pecho de Sanders, y este se apartó al fin, tambaleante. Era extraordinariamente fuerte, de todos modos. Pero Joe no esperó a comprobarlo, ni a que se recuperara.

Aspirando el aire con fuerza, sintiendo un dolor caliente y vivo en los pulmones, y muy aturdido, corrió hacia la puerta, abriéndola enseguida.

El aire de la calle le alivió mucho. Apenas salir de la casa, giró la cabeza. El vestíbulo estaba de nuevo a oscuras, pero a la luz que penetraba

desde el exterior, pudo ver muy claramente a Sanders. Y el miedo volvió a apoderarse de él. Porque Sanders le miraba con odio, y Joe creyó ver reflejada en aquel atormentado rostro, toda la maldad del mundo.

Se alejó rápidamente.

Capítulo 7

D

ESPUES de aquella audaz visita nocturna que estuvo a punto de terminar con la vida de Joe Glamis, Ross Sanders parecía haber desaparecido, al igual que tantas personas, sobre todo jóvenes, desaparecen cada día en una gran ciudad como Los Ángeles.

Joe visitaba a los Harvey, que le aceptaban bien. Lo hacía con la disculpa de preguntar si sabían algo de Sanders. Y también para prevenirles del peligro. En realidad le gustaba ver a Virginia. Ella parecía soportar mejor que sus padres el horrible traje de Joe, por demás arrugado y desbocado.

Dos semanas más tarde, en un gran local de San Diego, el vigilante nocturno estaba pasando su ronda y marcando en los relojes de control. Eran unos talleres mecánicos especializados en grandes motores, sobre todo «diésel». Las oficinas se hallaban en un entresuelo acristalado.

Cuando entró en las oficinas, entonces débilmente iluminadas por una luz de seguridad, el hombre, veterano en el oficio, intuyó la presencia de alguien, porque le avisó una extraña sensación de frío en la nuca.

Echó mano a la pistola. No le gustaban las pistolas automáticas, tan lentas para armar, girando el seguro, teniendo que utilizar las dos manos para colocar la primera bala en la recámara. Prefería los revólveres, que jamás se encasquillaban, pero la empresa no quería comprárselo. Apartó a un lado el reloj de control que llevaba en bandolera y esperó, escuchando atentamente.

Alguien subía por la escalera. El vigilante fue deslizándose tras de uno de los altos archivos, y con cuidado, sacó el arma. No se molestó en montarla. Le bastaba la intimidación.

Al ver una alta sombra aparecer por el hueco de la escalera, el vigilante sonrió.

—Debe ser un mal aficionado. ¿Qué esperará encontrar en la oficina? Seguramente una repleta caja fuerte. No sabe que en esta solo hay libros contables...

El intruso ya estaba allí. Podía oírse su respiración. Iba a pasar junto al vigilante, que alzó el arma, para darle el alto.

En aquel momento, el hombre giró la cabeza, mirando al vigilante, muy fijamente, a la tenue luz de la lámpara de seguridad, de color ambarino.

El vigilante soltó el arma, dejándola caer al piso, al tiempo que abría

mucho los ojos. Se había quedado como aturdido, mientras el recién llegado le contemplaba con dureza.

—¡Es...! ¡Es terrible, no es un hombre, no es un hombre normal, es una especie de monstruo, un hombre con la cara deforme...! —pensó impresionado el vigilante. Y cerró los ojos, incapaz de soportar el duro brillo de aquella mirada. Entonces el visitante, se movió velozmente, golpeándole en la cara, y el vigilante fue deslizándose despacio hasta quedar entre la pared y el archivo, quieto, como dormido.

Ross Sanders, tras un momento de duda, empezó a abrir cajones de archivos. Buscaba determinado nombre en las carpetas y, al fin, halló lo que pretendía. Sacó de una de ellas una hoja de trabajo del taller, con las anotaciones de la oficina para calcular la facturación del trabajo. La miró atentamente, y después volvió a guardarla en el mismo lugar, cerrando los cajones, y procurando que todo quedara en perfecto orden.

Antes de salir se inclinó sobre el vigilante, que estaba abriendo los ojos. El hombre lanzó un grito apagado, de auténtico terror. Ni siquiera intentó recoger la pistola caída en el suelo. Se quedó quieto, esperando que aquella horripilante criatura desapareciera. Temblaba dominado por el miedo, él, que era un hombre acostumbrado a todos los falsos miedos de la oscuridad, un hombre de la noche.

* * *

—¿Tienes algo para mí, encanto?

—Sí, Joe. Me parece que esta vez te has metido en un lío. El teniente Somerton te está buscando. Me ha llamado tres veces. ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por fin atracaste un banco?

—Sí. Y voy a salvarte de la miseria, prepara tus maletas para que huyamos a Río, preciosa.

La chica del servicio telefónico soltó una carcajada, y Joe, que hablaba desde un teléfono público, la dejó para llamar al teniente Somerton, que era un buen amigo suyo, y de cuya amistad solían abusar para su trabajo.

Somerton le dijo algo interesante.

A ver cuando diablos montas una oficina como Dios manda, y te gastas el dinero. Cada día me es más difícil localizarte. Escucha: tengo noticias de ese hombre al que buscas, esa especie de Frankenstein que me has descrito.

Joe Glamis se puso muy nervioso.

—¡Demonios, suéltalo de una vez!

—Se trata de un tipo como el que me dijiste, poco más o menos, aunque el testigo estaba muy asustado y su descripción ha sido vaga. Pero debe referirse al mismo sujeto. Muy alto, con la cara como reconstruida. Me aseguró que su rostro parecía como cubierto con una media, pero no

había tal media, claro.

—¡Sí, seguro que es él! ¿Dónde lo han visto?

—En San Diego. Golpeó al vigilante nocturno de unos talleres mecánicos especializados en camiones. Fue sorprendido en las oficinas pero de allí no ha desaparecido nada. Dicen que no se ha llevado nada. Al menos no hay muestras de que intentara forzar la caja.

—No es un ladrón, teniente. Así que en San Diego, donde sufrió el accidente... ¡Muy interesante!

—Ya no estás solo buscándole, muchacho. La policía de San Diego también tiene gran interés en atraparlo. Allanamiento y agresión. ¿Qué podría buscar en esa oficina?

—Una dirección, teniente. Perdona que te deje, pero me voy ahora mismo a San Diego. En cuanto pase por la oficina de mi compañía a pedir dinero, porque...

—No te lo darán, les tienes hartos de anticipos.

—¡Diablo, les voy a ahorrar una pequeña fortuna cuando lo aclare todo!

Joe no pensaba en realidad en probar ya si la muerte de Samuel Goss había sido o no accidental, pues el caso había rebasado su interés profesional. Todo lo que ahora quería era proteger a Virginia Harvey. Porque él sabía que un hombre como Ross Sanders difícilmente podría detenerse, y, en su locura, buscaría constantemente nuevas víctimas para saciar su venganza.

Con una gran cartera donde había reunido los informes recogidos, Joe voló a San Diego. Tras alquilar un coche en el aeropuerto, situado frente a la ciudad, en la bahía, se dirigió al taller mecánico que la noche anterior fuera visitado por Sanders.

Joe, como todos los investigadores, dejaba que sus interlocutores le creyeran policía, aunque él jamás afirmara tal cosa. En aquel taller también se imaginaron, por su forma de presentarse, que se trataba de un policía y de acuerdo con ello le prestaron toda clase de ayudas.

Solo necesitaba un dato y se lo facilitaron, sin necesidad de consultar libros ni papeles.

—¡Ah, sí, el asunto de aquel tremendo accidente! Usted ya sabe que no se ha encontrado responsabilidad criminal en esta empresa. El fiscal admitió que se trataba de un vehículo con muchas millas a cuestas, y que no podía probarse que la rotura de la dirección fuera consecuencia de una mala reparación. Puro accidente. Nosotros entregamos el vehículo en buenas condiciones cuando lo trajeron para ser revisado.

—Me gustaría hablar con el mecánico que hizo aquella revisión.

El empleado puso mala cara.

—Creí que venía usted por lo del atentado de anoche. Ya sabe, golpearon a nuestro vigilante nocturno...

—Pero no se llevaron nada. Deme el nombre de ese mecánico, o déjeme buscarlo en el fichero...

—Es que... Él no está en el taller.

Joe preguntó, severo:

—¿Trata usted de mantenerle lejos de mí?

—No. Es que realmente, no está. Disfruta de unas... digamos vacaciones.

—Ya. No tuvo responsabilidad alguna en la avería, pero ustedes lo han enviado a su casa.

—¡Solo por unas semanas! Es que todavía se encuentra un poco afectado.

Joe estuvo a punto de advertir que la visita de Sanders podía afectarle mucho más. Pero cuando le dieron al fin el nombre y la dirección del mecánico, creyó mejor no hablar de tal asunto.

Aquel hombre se llamaba Hans Eagle, y vivía en la parte alta de un almacén de chatarras, en La Mesa, muy cerca de San Diego. Cuando Joe Glamis llegaba a la casa, vio ante ella un coche grande. Miró en la tarjeta de identificación. Era el coche de Hans Eagle, por lo que supuso que encontraría en casa al mecánico.

—He llegado a tiempo. Creo que Sanders solo actúa de noche...

Una escalera de hierro, muy ruidosa, llevaba a la vivienda. Subió por ella, llamando en la puerta. Tuvo que llamar varias veces para que la puerta fuese abierta, y un hombre, en camiseta, sudoroso, apestando a cerveza, y no muy limpio, apareciera. Era muy fuerte, y miró a Joe de mala gana.

—No necesito nada —dijo, despectivo.

Joe adelantó un pie para evitar que cerrara la puerta de golpe.

—Me llamo Glamis, y soy investigador —anunció—. Mire, quiero hablar con usted acerca del accidente en que murió una familia, en el cruce... ¿Recuerda?

—¡Maldita sea, ya está todo dicho! ¡Lárguese, si no quiere...!

—Usted puede que lo haya dicho todo. Pero no lo ha escuchado todo. ¿Sabe que los dos conductores, y el oficial de salvamento que actuó en el accidente, y el hombre que enviaba los explosivos, han muerto en extraños «accidentes» con explosivos?

Eagle parpadeó. No era demasiado rápido y, además, estaba atiborrado de cerveza.

—¿Muertos? ¿Y qué me importa eso a mí?

—No sea idiota. Todos ellos eran en cierto modo responsables del accidente. Y han muerto. Han sido asesinados, creo que por un mismo hombre. Usted es el siguiente en la lista. Anoche, alguien entró en el taller y debió tomar su dirección. Eso quiere decir que esta noche usted puede volar por los aires, como los otros.

—No lo comprendo... Yo no he hecho nada, solo soy un mecánico...

—Usted revisó aquel camión que tenía la dirección averiada y, no lo vio, o prefirió ignorarlo por evitarse molestias. No me importa lo que dijeran los técnicos, pero seguramente usted es el máximo responsable del accidente. Hubo un superviviente, ya lo sabrá. Ese hombre es inteligente, y no hay duda de que la tragedia le ha trastornado. Quiere que todos los que contribuyeron a causar la muerte de su familia, mueran del mismo modo: ¡Destrozados por explosivos!

Hans Eagle, tras mascullar algo, penetró en la casa, dirigiéndose a un mueble, del que sacó una gran pistola alemana. Entonces se volvió hacia Joe, rugiendo:

—¡Qué venga ese loco si quiere! ¡Me encontrará preparado!

Joe, que le había seguido, cerró la puerta a su espalda, sin preocuparse para nada del arma.

—¿Vive solo?

—Sí; no necesito a nadie.

—Menos mal, amigo. Con ese almacén de abajo, lleno de chatarra, se lo va a poner usted muy fácil a nuestro hombre. ¿Se da cuenta? Si el coloca una bomba entre la chatarra, este piso quedará pulverizado. Y puede que la haya colocado ya...

Eagle había empezado a jadear. Llevaba un rato sudando, pero ahora lo hacía a chorros. Además, el miedo le estaba convirtiendo en una especie de retrasado mental.

—¿Una bomba? ¿Qué han puesto una bomba? ¿Qué es lo que dice?

—Bueno, cálmese. Voy a tratar de conseguir un detector, creo que no pasará nada hasta la noche. Nuestro hombre, siempre actúa de noche, ¿sabe?

—¡Yo me voy de aquí! ¡Eso es lo que haré! —gritó Eagle.

Joe le sujetó por un brazo.

—¡No sea simple! ¡Si se va él le cazaré a balazos en cualquier parte! Le he dicho que me quedará con usted, y que buscaré los explosivos. ¿Entiende? No tardaré. Pero si se marcha, no puedo garantizarle nada.

Eagle tiró de la anilla de otra lata de cerveza y la bebió de un trago. Era un cobarde tembloroso y, por desgracia, sin ninguna iniciativa. Rogó a Joe que no le dejara, y este pudo convencerle para que esperase allí hasta que él volviera.

No era sincero con aquel borracho. Quería que se quedara, pese a peligrar su vida, porque tenía la esperanza de poder sorprender a Sanders. Glamis deseaba detenerlo, para poner fin a su locura.

—Después de todo, seguro que este maldito individuo no revisó la dirección de aquel camión, porque estaría tan empapado en cerveza como ahora.

Era el principal responsable del drama. Por eso le dejó solo sin excesivos remordimientos, y después de una llamada al teniente Somerton, y otra llamada de este a un colega de San Diego, consiguió el detector.

—Oiga, esto no es un juguete. Lo llevará un especialista. Además, ¿dónde espera usted encontrar explosivos? Esa es labor nuestra, no de aficionados.

Joe consiguió, siempre usando el nombre del teniente Somerton, que le diera por fin el detector, un aparato semejante a los empleados en las guerras para localizar minas, pero más pequeño y preciso.

Cuando regresó a la casa de Eagle, encontró al mecánico tendido boca abajo, en un diván, roncando. Tuvo que despertarlo y poner su cabeza bajo un chorro de agua fría, para que le dijera cómo podía entrar en el almacén. Eagle tenía la llave, pero no quiso bajar con él.

Fueron varias horas penosas, entre polvo y cortantes chatarras, que amenazaban con despedazarlo. El detector no señalaba nada.

Luego, Glamis subió a la vivienda y la peinó con el aparato, aunque sin el menor resultado. Eagle volvía a dormir en el diván.

—Es posible que me haya equivocado, pero no lo creo. Ese hombre vendrá esta noche. Tiene que estar aquí. Solo para eso visitó anoche esas oficinas. Vendrá, estoy seguro.

Capítulo 8

L

A mujer se incorporó un poco, achicando los ojos. Estuvo así, escuchando en la oscuridad, durante varios segundos, hasta que sus oídos fueron seleccionando los ruidos. Luego alargó su mano derecha, apoyándola en el hombro de su marido, lo agitó, susurrando.

—¡Peter! ¡Peter! ¡Estoy oyendo ruidos extraños!

El marido lanzó un resoplido, murmuró una protesta e intentó seguir durmiendo, pero ella repitió la demanda, agitándolo con más fuerza todavía. El hombre tuvo que admitir al fin oficialmente que había sido despertado, y su pregunta sonó malhumorada.

—¿No has tomado la pastilla para dormir?

—Sí, pero le repito que hay alguien en la casa. ¡No hables alto! He oído cómo movía muebles. Está abajo. ¡Levántate y vete a ver!

El marido dijo que tenía frío. También dijo que prefería que le robasen el televisor, antes que recibir un tiro. Todo lo cuál era muy razonable.

Pero la mujer, como siempre, daba por descontada la obligación de su marido de defender heroicamente el hogar, y casi lo echó de la cama a empujones. Como el hombre estaba seguro de que todo aquello era consecuencia de los nervios de su esposa, ya que él no oía nada anormal, terminó por ponerse la bata, disponiéndose a bajar.

La puerta del dormitorio estaba abierta. El matrimonio vivía solo en la pequeña casa hipotecada. El hombre avanzó al fin hacia el oscuro hueco de la puerta, que daba paso al descansillo de la escalera.

Entonces, vio una alta sombra, y la alarma le detuvo. Aún no estaba asustado. Empezaba a sorprenderse solamente.

Había alguien en la casa, en efecto. Allí, ante él. De pronto, la sensación del peligro le invadió y se dispuso a gritar, a defenderse, justo cuando el intruso penetraba en el cuarto y la matizada y ambarina luz de la lámpara de la mesita lo alcanzaba, envolviéndole.

La mujer, que seguía en la cama, ya estaba gritando, y de un modo espantoso. Era un grito agudo, ininterrumpido. El hombre abrió mucho los ojos mientras sus labios temblaban. El miedo parecía haber puesto plomo en sus piernas.

El intruso, vistiendo ropas oscuras, tenía un rostro de pesadilla. El hombre pensó fugazmente que podía tratarse de una máscara de monstruo de las que usaban los niños. Fue solo un momento. Porque aquello no era

una máscara, sino una cara real, horriblemente deformada. Los ojos no parecían humanos. Y cuando el visitante habló, su voz, ronca, dura, entre silbidos, tampoco pareció humana. Más bien semejaba proceder de un aparato de sonido.

—Dígale a su mujer que deje de gritar, o les mato a los dos ahora mismo.

Tenía un arma en la mano. La mujer enmudeció, después de lanzar un suspiro, y se encogió en la cama, al tiempo que el marido se atrevía a musitar:

—¿Quién es usted? ¿De dónde viene?

Sanders sonrió, con lo cual hizo más inquietante su cara.

—No vengo de otro planeta. Soy solamente un hombre que ha sufrido graves lesiones por causa de una explosión. Ahora quiero que use usted este rollo de cinta adhesiva y que sujete con ella las manos y los pies de su esposa.

—¡No se atreva a tocarla!

—La tocará usted. Ella no va a sufrir daño alguno si me obedece.

—¡Puedo darle el dinero que tenemos en casa; se lo daremos todo!

Desdeñoso, Sanders tiró encima de la cama el rollo de ancha tira adhesiva de tafetán. Luego apuntó con el arma a la cabeza del hombre, mirándole fijamente. Y el otro, mordiendo los labios, asintió.

Sus manos temblaban cuando desenroscaba la cinta. La mujer sollozaba pero cuando su marido descubrió la cama para poder sujetarle los tobillos, quedó quieta, mirándole con estupor. Luego dijo, quedamente:

—¡Nos matará, Peter!

Peter miraba al intruso para ver si aprobaba la colocación del tafetán. Sanders asintió, diciendo secamente:

—Dele vuelta. Las manos a la espalda.

La mujer se volvió y el marido pudo así enlazar sus manos con la ancha tira.

—Muy bien —aprobó Sanders—. Ahora póngale una mordaza. Utilice un pañuelo.

Peter dudaba, pero un movimiento del revólver le obligó a obedecer. Cuando ponía el pañuelo en torno a la cabeza de su esposa, sobre la boca, ella le miraba con espanto.

Sanders les observaba con interés, para no ser engañado. Peter había apretado tan bien las ataduras, que su mujer, tendida de espaldas sobre la cama, no podía moverse, ni tampoco gritar.

—Gracias —dijo Sanders—. Ahora venga usted conmigo. Traiga el rollo.

Peter, temblando, se dirigió a la puerta. Al hacerlo, giró la cabeza para mirar a su esposa, que se agitaba. La miró, como si se despidiera de ella

para siempre.

Cuando descendía por la oscura escalera, pensó en la posibilidad de intentar una fuga. Al llegar abajo, podía lanzarse hacia la puerta de la cocina, sorprendiendo al intruso.

Pero, como si este hubiese adivinado lo que pensaba, afirmó el cañón del revólver, clavándolo en la espalda de Peter. Con aquello parecía aconsejarle que no intentara ninguna sorpresa.

No hablaban. Ya estaban en la pequeña sala. Había una luz encendida, una pequeña lámpara de sobremesa. Y junto a la mesa sobre la que estaba la lámpara, una butaca.

Sanders la señaló con un gesto.

—Siéntese ahí. Ponga las manos sobre su cuello, exactamente sobre la nuca.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Inmovilizarle, como a su esposa. Tan solo eso.

—Para poder luego registrar cómodamente la casa, supongo. Pero no somos ricos. Yo soy solo un trabajador...

El roce del frío cañón del arma en la nuca de Peter, hizo que este se sentara, y que pusiera las manos donde aquel monstruo pedía.

Sanders, se había situado tras de él. Al fin usando las dos manos, tomó un gran trozo de tafetán y, con movimientos rápidos, lo pasó sobre las manos de Peter, y en torno al cuello. Luego insistió, dándole varias vueltas sobre las muñecas, de tal modo que el hombre quedó fuertemente sujeto.

Después, Sanders se puso ante su prisionero, mirándole un instante. Y Peter cerró los ojos, porque no podía resistir el brillo de su mirada. Advirtió que estaban sujetando sus tobillos entre sí, antes de aprisionarlos contra las patas de la butaca.

Aún Sanders pasó varias tiras por el pecho de su víctima, y en torno al respaldo del asiento, con lo cual Peter fue quedando unido a la butaca, con absoluta firmeza. Ningún tirón o movimiento podría separarle de ella, ni siquiera un milímetro.

Satisfecho, Sanders lo comprobó por última vez. Luego, quedó ante Peter, contemplándole. De nuevo, el otro volvió la cara para no verle. Por tanto, no advirtió que Sanders sacaba del bolsillo una pequeña caja, y de ella un reloj cuadrado, con esfera luminosa, de números. Puso el reloj sobre la mesa, frente al hombre, y con mucho cuidado, movió un resorte. Tras corregir la inclinación de la pantalla de la lámpara, de modo que lanzara toda su luz sobre el reloj, empezó a hablar con su escalofriante voz:

—Es un aparato muy preciso, tiene batería para marchar un año. Está colocado para dentro de quince minutos. Observe los números. Saltan a cada segundo. Ahora son las doce cuarenta y dos. A las doce cincuenta y siete exactamente, el aparato automático hará estallar el explosivo que yo

he colocado dentro de la caja. Destruirá esta sala y a usted con ella. Pero esté tranquilo: su mujer no sufrirá daño.

Peter rugió.

—¿Qué insinúa? ¿Qué ese aparato va a volar dentro de quince minutos? ¿Quiere decir que es una bomba de relojería?

—Catorce minutos treinta y dos segundos. Ya han pasado veintiocho segundos. Sí, en efecto, es una bomba, y muy potente, créame. Le destrozará. Ahora, como no tendrá más preguntas, que hacer, me voy a permitir amordazarle también. Para que no moleste a los vecinos con sus gritos...

Peter abrió la boca para lanzar el más poderoso alarido, pero antes de que lo lanzara, Sanders cruzó sobre ella un gran trozo de tela que tenía preparado. Lo apretó, rasgando incluso un poco las comisuras de los labios de Peter, y luego lo amarró sobre las manos, en la nuca.

—Bien —dijo—. Observe el reloj, y disfrute de los minutos que aún le quedan de vida. Cuando sean las doce cincuenta y seis y falte tan solo un minuto, fíjese en los alegres números que marcan los segundos. Saltan muy rápidamente. Cuando aparezca el cincuenta y nueve... significará el final. El siguiente producirá la explosión. ¡Ah! No le he dicho quién le habla. Me llamo Ross Sanders, y soy el superviviente de aquel accidente en el cual voló un camión con explosivos. Allí murieron mis padres y también mi hermano, ¿recuerda?

El camión tuvo un fallo en la dirección, debido a que alguien olvidó arreglarla unos días antes. Estoy seguro de que usted lo comprende. Aquel fallo me dejó sin familia, y me convirtió en el monstruo que ahora soy. Un monstruo que solo puede moverse de noche. Bueno, no quiero distraerle con mis amarguras. Le queda poco tiempo. ¿Se ha fijado en cómo pasan los segundos? Es terrible ver a qué velocidad nos acercamos a la muerte... Sobre todo usted...

Peter gemía. Miraba alocadamente el reloj, y también miraba a Sanders, como tratando de decirle algo. Sus ojos se habían cubierto de lágrimas. Cuando Sanders desapareció de su vista, cuando le oyó dirigirse a la puerta de la casa, y salir, no pudo volver la cabeza, porque las ataduras se lo impedían.

Mirando el precioso reloj japonés, el sudor le cubría todo el cuerpo, y por encima de su angustia, una esperanza insensata le empezaba a dominar. ¡Sería solamente una broma pesada, aquel reloj parecía completamente inofensivo, además era demasiado pequeño para contener una bomba mortal!

Pero todos sabían que existían explosivos terribles, escondidos en unas simples gotas de glicerina, o en una pastilla de plástico.

De pronto, Peter fue sacudido por una rabia violenta, empezó a agitarse,

a tratar de saltar, de mover la butaca para acercarse a la mesa. ¡Si pudiera liberar siquiera una mano, aferrar el reloj y arrojarlo al jardín, antes de que pasasen los quince minutos!

—No son quince minutos, son ya menos de diez... —pensó, sintiendo verdadero frío—. ¡Esos números no se detienen, continúan saltando sin cesar...!

Sus esfuerzos resultaban inútiles. Con la espalda pegada al respaldo, y los pies amarrados sin llegar al suelo, no podía mover el mueble ni un milímetro. Cerrando los ojos, Peter dedicó toda su energía a tirar de sus manos, a tratar de despegarlas de las anchas telas adhesivas. Pero eran muchas, unas sobre otras, cruzadas en todas direcciones.

Por otra parte, la mordaza le ahogaba. Apenas si podía respirar y la sofocación le cubría de sudor. Cuando abrió los ojos, gimió espantado.

¡Las doce cincuenta, y algunos segundos, que desaparecían nada más mirarlos! ¡Faltaban solamente seis minutos! ¡Si aquel monstruo no mentía, le quedaban tan solo seis minutos...! No, cinco minutos. Un nuevo número acababa de saltar, y luego los pequeños segundos volvían a iniciar la carrera para hacer desaparecer otro minuto más.

Peter estaba quieto, casi sin respirar, mirando como fascinado al recuadro negro, sobre el que brillaban los números con una luz verdosa. ¡Otro minuto desaparecía! Ahora quedaban cuatro...

Rugió como un animal herido, y el pánico le envolvió, porque de pronto parecía completamente seguro de que allí estaba la muerte, de que no se trataba de una amenaza vana. ¡Si; allí estaba el poder que iba a matarle, a destrozarse su pecho, a arrancar su cabeza, a lanzarle en fragmentos por toda la sala!

¡Tres minutos! ¡No, menos aún, puesto que habían pasado más de cuarenta segundos en los números pequeños! ¡Dos minutos!

Peter quiso echarse hacia adelante, dejarse caer al suelo. ¡Si lograba conseguir volcar la butaca, tan pesada, y con tan gruesa tapicería, reforzada con el relleno de gomaespuma...! ¡Bastaba con caer de frente y con la butaca sobre él! Así seguramente la explosión pasaría por encima y el mueble le salvaría.

Llorando, gimiendo, el hombre tiró del respaldo, probó de varias maneras. Quería hacer fuerza con las manos sobre la nuca para impulsar el cuerpo y arrastrar la butaca. Lo intentó por segunda vez, y entonces sus pies tocaron el suelo. Evidentemente, la butaca se había inclinado.

¡Iba a caer, iba a poder protegerse bajo ella! ¡Estaba ya consiguiéndolo!

Su pecho golpeó de pronto el borde de la mesa, y se mantuvo apoyado en ella, conteniendo así la caída de la butaca. ¡Y Peter quedó con la cabeza a dos palmos del pequeño reloj!

¡Las doce cincuenta y seis! ¡Faltaba menos de un minuto!

Quiso echarse hacia atrás, para mover de lado la butaca y eludir la inoportuna mesa. Pero parecía como soldado a ella. Miró el reloj.

¡Las doce cincuenta y seis, y cuarenta y seis segundos! ¡Solo le quedaban unos segundos, catorce, trece, doce...!

Peter se inmovilizó entonces, porque el miedo le aturdió. Aterrado miraba cómo los números verdes de los segundos se cambiaban por otros, desaparecían. Cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos...

Quiso volver la cabeza y no pudo. Pensó en su mujer, en toda su vida. Absurdamente se acordó de un amigo al que no veía desde hacía años. Cuando miró el reloj, los segundos marcaban cincuenta y ocho...

Quedó quieto, respirando con ansiedad, esperando la aparición del inmediato cincuenta y nueve. Y luego...

La explosión le alcanzó de lleno en la cabeza, al punto de arrancársela materialmente. El cráneo saltó como la tapa de una caja, y el cerebro fue lanzado en fragmentos hasta la pared. El resto de la cabeza quedó colgando sobre el respaldo de la butaca, despedida por el impacto, hasta destrozarse contra el pequeño piano, que lanzó tras el golpe varios gemidos musicales.

Toda la sala fue sacudida y destrozada. Entre los restos de la butaca y del piano, algunas piltrafas sanguinolentas era cuanto quedaba de Peter.

Arriba, en el dormitorio, la mujer se había desmayado. Luego empezaron a oírse voces, ruido de coches que se detenían ante la casa. Y se puso en marcha todo el espectacular cortejo de los grandes accidentes.

* * *

A primeras horas de la mañana, un coche de la policía se presentó ante la casa del mecánico Hans Eagle, y un oficial subió al piso, encontrándose con un destemplado y aterido Joe Glamis, que había estado despierto toda la noche. Joe le miró, interrogante.

—Usted es el tipo que buscaba explosivos, ¿no? —empezó el policía—. Pues si los buscaba en este lugar se ha equivocado, amigo. Cierto que han volado a un tipo con un potente explosivo. Primero lo amarraron a una butaca, y luego...

—¿Ocurrió, aquí en San Diego?

—Sí, al otro lado de la ciudad. Un tal Peter Field. Un mecánico de coches.

Joe se sobresaltó. Vuelto hacia el interior de la casa, miraba a Hans Eagle, que dormía sobre un diván su borrachera de cerveza. Al momento, Joe Glamis dio las gracias al oficial, advirtiéndole que en el almacén estaba el detector, y que podían recogerlo.

En cuanto el policía se fue, Joe entró en la diminuta cocina y llenando de agua un recipiente, lo vació sobre la cabeza del mecánico, que resopló,

aunque sin despertarse. Al fin, tuvo que arrastrarlo hasta la ducha y ponerlo bajo el agua, para que Hans Eagle empezara a parpadear, y después a protestar.

Glamis dejó que saliera de la ducha. Hans, sentado ahora sobre la bata, maldecía mirándole con odio. El investigador dijo:

—Peter Field.

—¿Qué pasa con Peter?

—¿Trabaja en su taller?

—Claro. Es un pobre imbécil, manejado por una histérica.

—Era. Porque le han matado esta noche.

Hans terminó de despertar, de golpe. Miraba a Joe con asombro, pero luego se puso pálido.

—¿Ha sido... ese loco de los explosivos? ¿El tipo que usted creyó que vendría por mí?

—Supongo que sí. Y le aseguro que no lo comprendo. Porque estoy convencido de que ese hombre examinó las fichas de trabajo del taller. Se tomó la molestia de hacerlo, para saber con certeza, quién había arreglado aquel camión. ¿No fue usted quién lo hizo?

Hans estaba desmoronado. Asintió con esfuerzo:

—Sí, claro que fui yo. Pero el pobre Peter... necesitaba justificar unas horas. Nos pagan una prima si rebasamos un tope. El con frecuencia anda corto por culpa de su mujer, que se pone enferma cada dos por tres y le obliga a faltar al trabajo. Por eso llenó él la ficha. A mí siempre me sobran horas y Peter andaba lloriqueando...

El mecánico, siguió hablando sobre el tema. Resultaba que aquel brutal y sucio Hans Eagle, con su grosero aspecto, era un alma cándida, y un compañero excelente. Joe Glamis le dijo en tono amable.

—Quítese la ropa mojada, amigo. Seguramente su generosidad le ha salvado la vida. Han matado a Peter en su lugar.

Hans Eagle se cogió la cabeza con las manos. Joe dudaba. Sabía que el mecánico continuaba en peligro, porque cuando el asesino descubriera su error, buscaría a Hans. Pero no podía quedarse allí. Necesitaba actuar aprovechando el desconcierto que, seguramente, se produciría en Sanders al enterarse de su equivocación.

—Mire: meta un poco de ropa en una maleta y váyase de aquí. Desaparezca. Procure no hablar con nadie. Váyase a algún motel discreto y no salga de él, en una buena temporada. Yo tengo que irme.

—Y ese sujeto vendrá en cuanto se dé cuenta de que se confundió de víctima. Ahora lo entiendo, usted me ha utilizado como cebo, me tuvo aquí toda la noche esperando que ese tipo viniera, exponiéndome a que una voladura me mandara a los infiernos.

—Sí, eso es cierto. Pero recuerde que no me he apartado de su lado. Yo

hubiera volado con usted. Ahora seamos realistas: ese hombre, puede no descubrir su error de momento, o hacerlo hoy mismo. No quiero quedarme inmovilizado. Y, por si él se entera de que no mató a la persona que buscaba, y vuelve, escóndase. Le aseguro que no tiene demasiados medios para buscarle. Prácticamente no puede moverse de día, a causa de su aspecto. Si usted se va y no habla con ningún conocido, si se inscribe en cualquier apartado motel con nombre supuesto, él no le encontrará nunca.

—¿Y durante cuánto tiempo piensa que puedo esconderme? No soy un capitalista, necesito trabajar.

Joe escribió el número de su servicio telefónico en un trozo de papel, y se lo entregó, diciendo:

—Cuando esté instalado, llame a este número de Los Ángeles y dé su número de teléfono. Pero no mencione su nombre. Solo diga el número y el lugar, sin más. La persona que lo reciba estará advertida. Insisto: no mencione nombres. Yo le avisaré cuándo puede regresar.

Hans Eagle gruñó varias protestas, reforzadas por un intento bastante torpe para conseguir algún dinero de Joe. Este se lo dio, con la esperanza de poder recuperarlo de su compañía cuando todo terminara.

* * *

Esta vez el teniente Somerton consideró que había llegado la hora de que la policía interviniera decididamente, ya que tras las informaciones de Glamis, tenía buenos motivos para suponer que Ross Sanders debía ser interrogado, al menos sobre la muerte del mecánico de San Diego. Especialmente después de las declaraciones de la viuda, y su descripción del hombre que había entrado en su casa, y que correspondía a Sanders, la intervención de la policía en aquel asunto era cosa obligada.

Joe le dijo a su amigo.

—Ten cuidado. Es un hombre enloquecido, no un asesino vulgar.

—Un loco muy peligroso. No me gusta que alguien vaya por ahí con un cargamento de explosivos. ¿De dónde los sacará?

—Es muy inteligente, y muy rico. Recibió una fortuna en indemnizaciones por la muerte de su familia. De todos modos, es preciso que Sanders sepa la clase de error que ha cometido, matando a un hombre que no tuvo intervención en aquel accidente. Sería conveniente pues qué alguien se lo dijera.

—¿Crees que eso puede importarle a un loco como él?

—Desde luego. No mata gratuitamente, sino por venganza. Sanders considera que los responsables del accidente que destruyó a su familia no han sido castigados, y por eso se ha erigido en juez y en verdugo. Pero, como casi siempre que alguien decide hacer una justicia personal, sin las

garantías de un proceso y todo lo demás, ahora ha cometido un error, matando a un inocente. Y creo que, cuando lo sepa, sufrirá una verdadera crisis.

—Sí, seguro. Y decidirá entregarse a las autoridades.

—Pudiera ser. Procura que los periódicos lo cuenten, prepara una nota con habilidad refiriendo de algún modo que ese hombre fue muerto por ocupar el puesto de otro.

—Es un experimento peligroso, Joe.

—Tan peligroso como jugar con dinamita. No sé cómo reaccionará.

—Pues supongo que tratando de matar al hombre que escapó de sus manos por casualidad. Eso es lo que conseguiremos.

—Lo he puesto a salvo.

Somerton no estaba convencido. Tenía mucho miedo de aquel hombre, en alguna parte, almacenaba explosivos de alto poder, y que parecía manejarlos muy hábilmente. Un hombre así, y además trastornado por la desgracia, resultaba demasiado peligroso.

—Quiero los nombres de todas las personas que pueden estar en su lista de víctimas. Tú tienes el expediente del accidente, muchacho. Es preciso tomar medidas.

—Es preciso, ante todo, encontrarle. Si como sospecho se encuentra en San Diego, ¿dónde demonios se esconderá un hombre con esa cara?

Capítulo 9

L

A nota preparada por Somerton, fue publicada en casi todos los periódicos de California. Evitando alarmar a los lectores, y al referirse a la muerte de Peter Field, el mecánico asesinado, se mencionaba la posibilidad de que hubiera sido confundido con otra persona, a causa de un error de documentación en el taller donde trabajaba.

Se daban las suficientes referencias para que el asesino comprendiera. Somerton llegó a un pacto de caballeros con la prensa, para que no preguntaran ni investigaran por el momento, con la promesa de informales con todo detalle más adelante.

Uno de aquellos periódicos estaba aquel mismo día sobre una pequeña mesita en una sala de reducidas dimensiones y que correspondía al interior de un camión vivienda, apartado en un amplio arcén, cerca de una cabina de teléfonos.

La vivienda rodante presentaba un aspecto bastante caótico. Todo estaba revuelto en ella. En un rincón se apilaban varias cajas y sobre los muebles había botellas vacías y restos de comida.

Tendido en la cama, cubierta con ropas arrugadas, estaba Ross Sanders. Las cortinillas de las ventanas habían sido bajadas cuidadosamente, por lo que la vivienda permanecía en penumbra.

Ross miraba al techo y no parpadeaba. Su rostro se estaba deteriorando. La piel que injertaron y tensaron los cirujanos, después de curar las terribles heridas, empezaba a arrugarse, a cubrirse de manchas oscuras. Hubiera necesitado otro tratamiento en el hospital.

Bruscamente golpearon en la puerta, y Ross se lanzó de la cama, con toda rapidez, ocultándose tras de la cortina que cubría la diminuta ducha. Desde allí, gritó:

—¡Pase, está abierto!

Un joven asomó, con recelo. Traía algunos paquetes.

—Lo que pidió por teléfono, señor.

—Bien, no puedo atenderle, estoy en la ducha. Póngalo sobre esa mesa, ahí está el dinero, lo que sobra es para usted.

El muchacho obedeció, y como el dinero que sobraba era bastante, sonrió feliz.

—Agradecido, señor. ¿Va a estar mucho tiempo aquí? Quizá le molesten los patrulleros. Quieren que todas las caravanas vayan al camping

oficial... Cuando necesite algo pídale por teléfono. Tendremos mucho gusto en servirle.

—Sí, bien; adiós, y gracias por todo.

El muchacho se fue en su bicicleta. Ross salió de entre la cortina, y ni siquiera miró la comida que había pedido. Utilizaba aquel procedimiento para surtirse sin que le vieran. Se detenía cerca de cualquier cabina telefónica, y llamaba al almacén más próximo, haciendo sus encargos, e informándose sobre el importe del pedido. Luego, en cuanto le servían se marchaba.

Pero esta vez, y pese al aviso del muchacho, no se alejó de allí, porque tenía algo que hacer.

Buscó en el paquete que acababa de recibir, sacando una caja que contenía papel de cartas y sobres. Se sentó junto a la mesita, haciéndose sitio, y después de leer de nuevo la noticia del periódico sobre la muerte de Peter Field, empezó a escribir en uno de los papeles. Lo hacía con sumo cuidado. Luego escribió el sobre y cerró la carta. Puso un sello de correos y guardó la carta en uno de sus bolsillos.

Era peligroso conducir de día, pero necesitaba hacerlo. Por tanto, se subió el cuello de la cazadora, y tras cubrirse con un sombrero blando, se puso ante el volante, metiendo el gran vehículo en la carretera.

Estuvo alerta, volviendo la cabeza cuando un coche se le cruzaba o le adelantaba, hasta que encontró un buzón de correos.

Entonces bajó, echando en él la carta que acababa de escribir. Después nuevamente salió de la carretera, para elegir un lugar apartado donde esperar a la noche.

* * *

La encargada del servicio telefónico de Joe, casi se puso a gritar cuando este la llamó para saber si tenía algún aviso para él.

—¡Maldita sea, ya es hora de que aparezcas! ¡Tu teniente Somerton te está llamando cada diez minutos! ¡Oye, este es un servicio decente! Si la policía me llama cada diez minutos, mis clientes se espantarán. ¡Voy a coger mala fama!

—Creo, preciosa, que se espantarán todos los apostadores para los que haces de enlace. ¿Cuánto ganas con las apuestas de las carreras? Seguramente tienes una fortuna escondida, y encima lloriqueas para que un infeliz como yo te pague una cena italiana. ¿Imaginas lo que sucederá? Te van a tomar por confidente de la policía, y ya sabe cómo os tratan a las confidentes: los pies en un cubo de hormigón, y al mar.

La mujer le dijo algunas barbaridades y colgó. Joe se fue a toda prisa a ver a Somerton, que le condujo a su despacho, cerrando la puerta.

—Creo que tenemos algo sobre tu amigo el dinamitero. Tenías razón, no es un asesino vulgar. ¿Sabes lo que hizo?

Ordenar a un banco que entregara a la viuda de Peter Field diez mil dólares, que será seguramente mucho más de lo que valía su marido.

—No seas cínico. Ese hombre está viviendo una grave crisis. No sé lo que hará, pero es preciso encontrarle. ¿Se presentó en el banco?

—No. Envío una carta. Fue puesta en un buzón de Oceanside. Les dije a la gente de allí que investigaran a partir de la carta. A veces, los policías profesionales tenemos algún destello de inteligencia que derrocháis los investigadores privados. Resultó que la carta estaba escrita en un tipo de papel que venden solamente en el supermercado de un determinado cruce. El mismo día en que la carta fue echada al buzón, un cliente les había pedido una caja de ese papel. Un cliente al que no vieron. Hizo el pedido por teléfono. Se lo sirvió un repartidor en bicicleta, que tampoco vio al sujeto, porque estaba en la ducha. Además, le había dejado el dinero sobre la mesa.

—¡Es él! ¿A dónde le llevaron el pedido?

—A un camión-vivienda. El chico que lo llevó sueña con tener uno igual. Yo también, pero me conformaré con soñarlo. Se fijó mucho en el vehículo, es un modelo muy caro, un «Dodge Tamboree» o algo así, con avance sobre la cabina. Están mirando los catálogos y pronto me dirán qué modelo es exactamente. No tomó la matrícula, pero no hay demasiados vehículos de esas características en las carreteras, ni en los campings. En cuanto tengamos el modelo, lo buscaremos por todo el Estado.

Joe Glamis movió la cabeza, con gesto de pena.

—¡Pobre Sanders! A veces la justicia, con todas sus garantías, cautelas y largos procedimientos, apurando recursos y revisiones, comete algún terrible error. Él lo ha cometido, porque un hombre hizo un favor a otro, porque en una hoja de trabajo estaba escrito un nombre, en lugar de otro. Y ahora se habrá dado cuenta de por qué la venganza personal no es posible.

—Ha matado a varias personas, no es para compadecerle. Esas personas solo eran responsables, todo lo más, de alguna ligereza, con independencia de los trágicos resultados de sus ligerezas. Vamos a cogerle y no me pidas muchos miramientos, Joe. Después de todo, cuando lo tengamos, tu compañía se ahorrará una fortuna, y tú te embolsarás una buena recompensa.

Joe Glamis asintió. Sí, aquello era cierto. Su misión consistía en demostrar que la muerte de Samuel Goss y su familia no había sido un accidente. Y estaba a punto de conseguirlo.

El camión-vivienda que tanto admirara al chico de repartos del almacén de Oceanside, circulaba por Los Ángeles, a marcha lenta, porque el conductor tenía mucho cuidado en evitar el menor incidente.

Naturalmente era de noche, y los cristales de la cabina habían sido oscurecidos levemente por Ross, usando un «spray». De aquel modo era casi imposible distinguir el rostro de quien lo conducía.

Mediante sus tarjetas bancarias, Sanders había estado retirando el dinero que tenía en los bancos, usando las cajas automáticas nocturnas.

Ross Sanders se estaba preparando para desaparecer, para abandonar el país. La muerte de Peter Field, su trágico error, le había producido una impresión tan grande, que su débil equilibrio mental no lo había podido soportar.

Ahora gesticulaba continuamente, movía la cabeza a un lado y a otro, se volvía de pronto, gruñendo como un animal perseguido.

Además, su aspecto se hacía doblemente horrible. La reconstrucción a que su rostro había sido sometido después del accidente, resultaba un fracaso que necesitaba de un inmediato arreglo. Algunas partes injertadas estaban muertas, la piel se ennegrecía y se arrugaba, desprendiéndose y formando ampollas. Aquellos tejidos sin vida despedían un desagradable olor, mientras el resto de la piel que había sido estirada, se volvía casi transparente, cubriéndose de líneas rojas que parecían a punto de empezar a sangrar.

La boca ya no podía cerrarla, debido al tirón de los músculos del maxilar. Solo los ojos continuaban con el mismo brillo, con la misma inquietante fijeza, producida en realidad por la falta casi completa de párpados.

Tenía mucho dinero en su poder, y aún mucho más fuera del país. Y planeaba la forma de viajar para ir a un lejano lugar.

Pero todavía debía ocuparse de algo. En su mente, completamente trastornada ahora por el sentimiento de culpabilidad, una idea se había fijado como una obsesión.

¡Virginia Harvey!

—Ella me teme, pero cuando esté lejos de aquí, conseguiré que devuelvan a mí cara su antiguo aspecto. Tengo derecho a un poco de felicidad.

Conducía el camión lentamente, esquivando la cara cuando a través del parabrisas, le iluminaba alguna luz.

Aun así, algún conductor, fugazmente, tenía tiempo de entrever algo terrible en el interior de aquel vehículo.

—¡Diablos, Ana! ¿Te has fijado en ese tipo?

—¿Qué tipo?

—¡El que conducía ese camión! Tenía la cara como... como...

—¡Déjame en paz! ¡Cada cual tiene la cara que puede!

Cuando estaba cerca de la casa de los Harvey, Sanders aparcó el vehículo entre unos setos. Antes de descender se cambió la chaqueta, vistiéndose una zamarra de marino. El alto cuello, subido, le cubría hasta las orejas. Se hundió el gorro que siempre usaba, y bajó al suelo cerrando la portezuela.

Cerca ya de la casa, Ross Sanders se detuvo. Quería cerciorarse de que en el edificio solo se encontraban los Harvey.

No había más coches que los de la familia. Estaba allí también el precioso «Cupé» de Virginia.

Sanders miró su reloj y después se introdujo en un parterre que le ocultaba por completo. Poco a poco, las luces de las casas cercanas fueron apagándose, y lo mismo ocurrió con las luces de la casa de los Harvey. Sanders continuaba escondido. Un coche patrulla pasó por la calle, despacio, pero los policías no vieron el camión, cuya descripción habían recibido por radio.

Por fin, cuando todo estaba en silencio, Ross Sanders se irguió dirigiéndose hacia la vivienda de los Harvey. Sus ropas oscuras le hacían poco visible.

Conocía bien la casa. Y su nueva situación de clandestinidad le había desarrollado un portentoso instinto criminal. Ahora, abrir una ventana utilizando una navaja para mover el seguro interior, le resultaba muy sencillo. Por allí entró a la cocina.

En el vestíbulo, y en la escalera por la que se ascendía al piso, había luz encendida, pero Ross sabía que la dejaban así toda la noche porque Virginia, de niña, temía a la oscuridad.

Aquel hombre bueno y respetuoso con todas las normas sociales, al que una terrible desgracia había convertido en asesino y en delincuente nocturno, ascendió por la escalera sin producir el menor ruido.

Una vez arriba, abrió suavemente una de las puertas. Virginia dormía en su pequeña cama, bajo una tenue luz sonrosada. La estuvo mirando desde la puerta. Luego volvió a cerrar, con el mismo cuidado, y se quedó apoyado en la pared, pensativo, mientras movía la boca deformada y los músculos de su rostro temblaban bajo la repugnante piel.

Después siguió caminando por el pasillo, y abrió otra puerta. Los padres de Virginia no temían a la oscuridad y dormían sin luz. Escuchó el sonido de su respiración. Sabía que la señora Harvey tomaba comprimidos para dormir. En cuanto al padre, no los necesitaba, ya que su sueño era muy pesado. Ninguno de los dos se despertaría fácilmente.

Ross pensó.

—Mejor para ellos...

Cerrando con cuidado, regresó al cuarto de Virginia. La joven respiraba

con suavidad. Pero, de pronto, sin que se hubiera producido el menor ruido, abrió los ojos, con sobresalto, completamente despejada.

Muy cerca de su rostro vio una cara espantosa, unos ojos muy abiertos, con la mirada fija en los suyos. Virginia quedó quieta, muda, confusa, creyéndose víctima de un mal sueño.

Un olor dulzón, el olor que había leído se desprendía de los cadáveres la envolvía. La boca entreabierta del monstruo se movía ahora, y un extraño silbido se produjo, mezclado con algo que parecían palabras. Palabras suplicantes, que ella apenas podía entender.

La piel de aquel rostro horrible estaba a punto de reventar por algunos puntos, mientras en otros casi se transparentaban los tejidos y la sangre.

Virginia comprendió al fin. ¡Era Ross! Iba a pedir ayuda, a expresar su pánico con un grito, cuando una de las manos de Ross Sanders se puso sobre su boca. Virginia ahogó el grito, y en el momento en que el rostro de Ross se aproximaba más al suyo, perdió el sentido.

Capítulo 10

D

ESPERTO en el interior de una vivienda rodante, que se agitaba levemente. Podía oír el golpeteo de las ruedas y el ruido del motor.

Virginia se incorporó. Estaba tendida en la pequeña cama, sobre las ropas revueltas. El aspecto de la vivienda rodante era muy desordenado.

Quería recordarlo todo, y cuando empezó a repasar los recuerdos, supo que el hombre que conducía aquel vehículo solo podía ser Ross Sanders. Y se estremeció de horror al pensar en su rostro.

—Me lleva a algún sitio horrible, donde tendrá su guarida...

Estaba vestida con la ropa de dormir y una bata, que seguramente el propio Ross habría sacado de su armario. La joven se puso en pie, con mucho cuidado. Le favorecían los ruidos del vehículo. Así caminó hasta la portezuela lateral. Pretendía abrirla. Se sentía dispuesta a saltar por ella si la velocidad del vehículo disminuía un poco.

Movió el pestillo, inútilmente. La puerta estaba cerrada con llave, y era muy sólida. Entonces lo intentó con las ventanas, apaisadas y, cubiertas por cortinas de hule. Sabía que aquel tipo de ventanas se aseguraba por el interior con pasadores. Tal vez, podría huir por alguna de ellas...

Se equivocaba. Aquellas ventanas tenían candados sellando los pestillos. Y una sólida rejilla de hilos de acero ante los cristales.

Virginia se quedó desconcertada. Y entonces, de detrás de la pequeña mampara que separaba la vivienda de la cabina del conductor, le llegó la silbante y torpe voz de Ross Sanders, prácticamente ininteligible. Había momentos en que su voz se apagaba, debido al esfuerzo que al hombre le costaba pronunciar las palabras.

—Virginia... tienes algo de ropa tuya ahí. Puedes vestirme, si es que no deseas seguir durmiendo...

La joven estuvo a punto de gritar al oír aquella voz. Miró sobre los pequeños muebles. Sí, allí estaban algunas ropas suyas, pantalones, un jersey. Se puso unos vaqueros y el jersey y se calzó unos mocasines. El estar vestida le inspiraba una cierta sensación de seguridad.

Luego se acercó a la mampara, y tras correrla hacia un lado, pudo ver a Ross, de espaldas, con sus anchos hombros erguidos, el robusto cuello, el pelo un poco largo. Aquel era el Ross de antes del accidente.

Virginia se sintió conmovida, olvidando por un instante la realidad. Él se mantenía quieto, con las manos aferradas al volante, sin volver la

cabeza, como si compartiera la emoción del momento. Virginia preguntó:

—¿Ross? ¿Por qué me has traído? ¿Qué les hiciste a mis padres?

—Nada. Dormían...

Ross conseguía ahora que su voz sonara más normalmente.

—¿A dónde me llevas?

—Lejos de este país. Donde no me acosen, donde algún médico notable intente arreglar mi cara. Ahora me busca la policía, pero no nos encontrarán. Pasaremos la frontera de México, y desapareceremos para siempre.

Virginia susurró:

—Yo no quiero ir contigo, Ross. No puedes llevarme a la fuerza.

El hombre no contestó. Sus manos se crisparon aún más en el volante, al tiempo que aceleraba la velocidad del vehículo. Virginia suplicó:

—Déjame volver a casa, Ross. Seré un estorbo para ti. A menos que... Que pienses matarme para vengarte de mí, como has matado a otros...

Ross inclinó un poco la cabeza sobre el pecho. En la base de la nuca quedó al descubierto una gran cicatriz, en la cual la piel se arrugaba con frunces inquietantes. Después de una pausa, Sanders dijo:

—Vienes conmigo. No voy a matarte. No voy a matar a nadie más, porque...

—Porque mataste a alguien por error... Porque has comprendido que no tienes derecho a hacer tú propia justicia...

El hombre rugió.

—¡Cállate!

Se volvió por un instante y Virginia lanzó un grito. El verse observada por aquellos ojos, enloquecidos y fijos, el tener ante sí aquel rostro monstruoso, le estaba llenando de terror.

Como aún aferraba la mampara deslizante, tiró de ella con fuerza, interponiéndola ante la horrible cara. Luego retrocedió, sollozando, para tomar asiento en el borde de la cama. Mientras, el motor, exigido al máximo, rugía con fuerza, haciendo que el vehículo rodara velozmente.

Virginia estuvo mucho tiempo allí, quieta, preguntándose qué podía hacer para escapar de aquel hombre, que antes le había parecido ideal.

* * *

El teniente Somerton, iba sentado al volante. A su lado, Joe Glamis. El policía de acompañamiento se sentaba atrás, y era evidente que no le gustaba haber sido desplazado de su lugar habitual, por alguien ajeno al Cuerpo, como Glamis.

Tenían abierta la radio, y escuchaban todas las conversaciones de los coches patrullas con su central de Los Ángeles.

Llevaban varias horas esperando, y Glamis empezaba a adormilarse.

—El señor encuentra muy aburrido nuestro trabajo, teniente —dijo el policía, con cierta burla.

—No es eso. Este pobre chico lleva una vida muy agitada y además no dispone de una casa cómoda, como usted y como yo —respondió Somerton, sonriendo—. Es una especie de paria. Terminará durmiendo en un banco.

—Os estoy oyendo —advirtió Joe Glamis, en un gruñido.

—¡Coche trece veintidós! ¡Estamos saliendo de Capistrano! Un camión-vivienda del modelo y color que buscamos, acaba de pasarnos. Se dirige al punto de encuentro, la ciento uno, con la ciento uno A. ¡Repito: coche...!

Somerton lanzó un grito, mientras Glamis se erguía, completamente despejado.

—¡Puede ser nuestro hombre! ¡En ese caso estaría regresando a San Diego!

—Va camino de la frontera, muchacho. Ya sabemos que allá no prestan atención a los norteamericanos que salen, ni se fijarán en su cara.

Somerton llamó al centro para que advirtieran a todos los coches de la zona que no abordaran al camión buscado. Solamente que informaran de su paso.

Luego, les dijo a sus acompañantes:

—Sujétense. Quiero estar en San Clemente antes de que él pase por allí.

Somerton, un hombre pausado y tranquilo, se convertía en un tipo rabioso y casi feroz cuando olisqueaba la presa. Era un cazador nato y por eso puso el coche a una velocidad endiablada, haciendo que la carrocería gimiera, agitándose como si fuera a desarmarse.

El policía, un poco pálido, se mantuvo muy quieto en el asiento trasero, mientras Joe Glamis empezaba a protestar.

—Oye, que ese puede no ser nuestro camión. Tiene que haber varios en las carreteras con tales características. Además, me parece que no he pagado el último recibo de mi seguro...

—¿Qué más te da? ¿A quién vas a dejárselo, si no tienes parientes? Eres un maldito lobo solitario, la muerte te liberará de tu triste vida, muchacho.

—¡Caray, me haces sentirme como un gusano! ¡Pero aun así, prefiero que levantes un poco el pie del acelerador! —gruñó Joe Glamis.

Después cerró los ojos, pensando en Virginia Harvey. Seguramente ella también le consideraba un gusano. Pero tenía que arrancarla de las manos de aquel loco, aunque solo fuese para recibir de ella la sonrisa amable que puede dedicarse a un gusano simpático.

El coche volaba sobre el asfalto, mientras el policía del diván posterior

protestaba, aferrado a los asientos delanteros. Rodaban por la carretera 101, la de la costa, atravesando los lugares de descanso a golpe de claxon, produciendo alarmas, frenazos y maldiciones.

Al llegar a Playa Doheny, lugar en el cual la carretera 101 A, que bajaba de Santa Ana, se unía a la de la costa, Somerton aflojó un poco la marcha porque la confluencia de las dos carreteras era peligrosa.

—No hemos adelantado a ningún vehículo como el de Sanders —dijo Joe Glamis.

—Eso esperaba. En San Clemente nos detendremos, y preguntaremos a las patrullas.

En San Clemente se detuvieron, detrás de un parador, a través de cuyas vidrieras veían la carretera. En aquella parte estaba muy despejada y Somerton pidió a sus compañeros:

—Vigilen, si aparece, le cortaremos el paso.

El empezó a llamar al centro. Para entonces ya se habían localizado cuatro camiones del mismo modelo, por lo que estar allí a la espera era un verdadero albur. Pero Somerton había decidido apostar por aquella ruta.

Joe y el policía miraban fijamente a la carretera de llegada. Hasta que el segundo dijo, excitado:

—¡Eso me parece un camión-vivienda!

Los tres hombres miraron. Somerton masculló:

—¡Es el modelo que buscamos, vamos a cerrarles el paso!

Encendió el motor, dispuesto a lanzar el coche hacia la carretera. Pero Joe le cogió por un brazo, advirtiéndolo:

—¡Espera, se está desviando, viene hacia aquí, al parador!

Efectivamente, el vehículo hacía señales luminosas para salir de la carretera. Somerton y los otros dos hombres bajaron del coche, apostándose en una esquina. Somerton sacó su revólver, amartillándolo.

—Cuidado. Si son ellos, cuidado con la chica —advirtió Joe.

El camión-vivienda llegó ante el parador, pero se detuvo algo lejos, buscando la oscuridad. Pese a ello, al girar, y por un instante, la luz de uno de los reflectores del edificio pasó sobre el vehículo, iluminando la cabina. Somerton masculló de nuevo:

—¡Dios... es terrible, parece un verdadero monstruo!

Había visto fugazmente el rostro del conductor. A su vez, Joe dijo:

—Es Sanders. Creo que por momentos se está deformando más.

El policía, con la voz alterada, propuso:

—Si usted quiere, teniente, puedo acertarle desde aquí, en la cabeza. ¡De un solo disparo lo haré!

—Cállese, idiota —dijo Joe.

El camión ya estaba detenido. Se abrió una de las portezuelas de la cabina y... ¡Virginia Harvey descendió de ella!

Bajaba sola. Se quedó un momento quieta en la penumbra. Y Joe Glamis murmuró, asombrado:

—La tiene dominada. ¿Qué hace?

—Viene hacia aquí —dijo Somerton—. Seguramente para comprar algo, tal vez bebidas o comida. A no ser que trate de telefonar.

La joven avanzaba lentamente. El policía añadió:

—Debe tener monedas en la mano que trae cerrada. Va hacia la máquina de bebidas. Observen...

Joe Glamis se mordía los labios. Algo brilló por un instante en la ventanilla del camión. Somerton dijo:

—Le está cubriendo con un arma. Esa chica avanza bajo amenaza, fíjate como camina, y como vuelve la cabeza de vez en cuando. Tened cuidado, a la menor alarma, ese sujeto disparará sobre ella.

—¡Maldito loco! —exclamó Joe—. Yo creí que la amaría aún...

Somerton murmuró:

—No os mováis. Voy a situarme tras de la máquina de bebidas. Espero que él no me vea.

La oscuridad en aquel lado era considerable. Somerton miró hacia el edificio, buscando las manchas de sombra más intensas, que le permitirían parecer invisible. Inclinado, saltó de una a otra. Luego se tiró al suelo, tras un bordillo de seto, para llegar hasta la máquina de bebidas. Y se ocultó en la parte posterior, irguiéndose y esperando.

Desde la esquina, Joe Glamis esperaba, conteniendo su ansiedad. Virginia ya estaba a un paso de la máquina, buscaba en su mano las monedas. Entonces, Somerton susurró:

—¡Señorita Harvey! ¡No se asuste, no mire hacia aquí, soy un policía, continúe actuando, ponga las monedas en la máquina! ¡Y cuando yo se lo diga, tírese al suelo! ¡Sea valiente!

Virginia Harvey susurró, temblorosamente:

—¡Me está apuntando con un arma! ¡Tiene muy buena puntería, me lo ha demostrado! ¡Por favor, ayúdeme, es un loco, sé que terminará matándome!

—Siga procediendo con naturalidad. No vuelva la cabeza, no hable, él podría advertir algún movimiento extraño. Continúe, adelante, tome las bebidas, y arrójese al suelo cuando yo se lo pida.

Virginia se inclinó para recoger las latas de refresco que la máquina había despachado. Somerton aferró el revólver, y apretando los labios dijo:

—¡Ahora!

Virginia se dejó caer al suelo, dejando escapar las latas de refresco que se alejaron rodando ruidosamente sobre el cemento. En el mismo instante, Somerton saltaba de detrás de la máquina y empezaba a disparar sobre el camión, apuntando a la cabina, a la ventanilla abierta.

Desde ella contestaron al fuego rápidamente. Somerton se arrojó también al suelo para desde allí seguir disparando, mientras gritaba a la joven:

—¡Póngase detrás de la máquina! ¡Cúbrase con ella!

Virginia se sintió de pronto aferrada, arrastrada sobre el cemento. Joe Glamis estaba allí, tirando de ella para sacarla del campo de tiro. Pero no era necesaria su ayuda, porque Ross Sanders había puesto en marcha el vehículo y se alejaba ya del aparcamiento, hacia la carretera.

Somerton se puso en pie, gritando a su policía:

—¡Vamos, que no escape, evitemos que cometa alguna otra barbaridad! ¡Joe, quédate con la chica, llévatela dentro, está muy asustada!

Joe se llevó a Virginia. Ella lloraba, entre estremecimientos. Al fin se abrazó a él, apretándose con fuerza sobre su pecho. Y cuando levantó la cabeza, buscó los labios del hombre, y se quedó así, inmóvil, cómo si necesitara aquel contacto, aquella caricia, para recuperarse de las últimas horas de terror vividas.

Joe murmuró:

—Virginia... Esto es peligroso. Yo podría creer...

Ella sonrió.

—Sabía que tú vendrías... Te necesitaba. Te voy a necesitar siempre.

Volvieron a besarse. Luego, Joe comentó:

—Pobre Somerton. Le he dejado solo...

—Él lo ha querido así. Te ordenó protegerme. No te sientas culpable.

Somerton estaba ante el volante de su vehículo. Ahora tenía a su lado al policía. El gran camión-vivienda de Ross Sanders les precedía, y, pese a su volumen, marchaba a gran velocidad.

Además no les permitía adelantar. Iba zigzagueando, conducido por un conductor excepcional. Somerton trataba una y otra vez de pasarlo, para poder ponerse ante él y detenerlo. Pero Sanders conducía como si estuviera en un coche deportivo.

—¡Va a volcar, ese hombre no sabe lo que hace! —opinaba el policía.

Somerton se salió de la carretera en uno de sus intentos por adelantarse. Tuvo que dar marcha atrás, y el camión se alejó. Pero, poco después, lo alcanzaban de nuevo.

Estaba amaneciendo y la persecución continuaba, poniendo en peligro a otros coches que hacían sonar los cláxones, y bordeaban peligrosamente los arcones.

El camión-vivienda de Sanders rugía, temblaba, saltaba, y se balanceaba. Sanders lo conducía con el gesto tenso, la boca entreabierta, la mirada fija, como alucinada. Y las grandes manchas aumentaban en su rostro. La piel iba desprendiéndose, reventando en algunos puntos, al mismo tiempo que la sangre brotaba allí donde la epidermis era casi una

fin a película transparente. Aquellas últimas horas habían convertido a Ross Sanders en un ser horrible, casi sin aspecto humano.

Por el espejo exterior vigilaba al coche de la policía, tratando de cerrarle el paso una y otra vez. Empezó a reír, como si se tratara de un juego.

Se hizo de día y la circulación aumentaba. De pronto, Sanders apretó con doble fuerza las manos sobre el volante. Miró de soslayo al lado de la carretera, luego al frente. Había una señal que avisaba de un cruce. A la derecha, advirtió entonces una larga mancha oscura formada por vegetación quemada. Recibió como un chispazo.

¡Allí habían muerto sus padres! ¡Allí había muerto también su hermano, y él había sido destruido y marcado para siempre!

El desconcierto le hizo dudar. Sus ojos se cubrieron de lágrimas. Un camión, cargado de mercancías estaba saliendo del cruce, muy lentamente. El camión se detuvo, dejando paso a Ross, pero este estaba gritando como un loco. Siempre gritando de un modo terrible, giró el volante, con fuerza, para evitar al camión. Y entonces su vehículo volcó, cayendo de lado sobre el asfalto.

La terrible velocidad que llevaba, le hizo deslizarse, tropezar en una columna de acero, que dobló, y, rebotando en ella, retroceder hacia el arcén.

¡Iba hacia la maleza quemada, hacia el mismo sitio donde fatalmente el coche de su familia se accidentara!

Somerton había podido evitar el encontronazo. Estaba girando de nuevo mientras otros coches se detenían, cuando el camión-vivienda de Ross estalló con terrible violencia, despedazándose, y ascendiendo sus trozos por el aire, en forma de abanico:

El motor fue lanzado al campo. Avanzó por él, derribando algunos arbustos, y al fin, quedó incrustado en una zanja. Luego se produjo una lluvia de fragmentos que cubrió la carretera y que abolló algunos vehículos, incluido el de Somerton.

El teniente se había bajado del coche, y apoyado en la portezuela, miraba los pocos restos del camión-vivienda, que ardían sobre la carretera. Murmuró a su ayudante:

—Llama a la central. Di que Ross Sanders ha muerto. Su vehículo estalló después de un accidente. Creo que debía estar lleno de los explosivos que ese hombre usaba para sus atentados...

El oficial obedeció. Somerton continuaba:

—Diles que murió en el mismo punto de la carretera donde murió su familia. De aquel accidente, Sanders escapó por unas semanas, para comprobar que no es fácil impartir justicia. Y ha venido a morir, allí donde le estaba esperando su destino.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

EASA

TITULOS PUBLICADOS:



DRACULA
SATANAS
SADISMO
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
LA HONORABLE TRATA
EL MERCADO DE LA MUERTE
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LOS TEMPLARIOS
LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES

ONIROMANCIA
LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO
LA REENCARNACION
LUTERO
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EN TRANCE
LAS HUELLAS DE LA
MALDICION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL
VUDU, SANTERIA Y
MACUMBA
VISION MEDIUMNICA

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en America:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6335 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.